

1978:
Vivencias de
quienes estuvieron
en las trincheras



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

1978: VIVENCIAS DE QUIENES ESTUVIERON EN LAS TRINCHERAS

Por

Arturo Fernández Rodríguez*

* Magíster en Ciencias Militares (ACAGUE)
Magíster en Seguridad y Defensa (ANEPE)
Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico (ACAGUE)

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

ABSTRACT

El objetivo de este trabajo es recordar, a 40 años que ocurrieron los hechos, las controversias con Argentina respecto al curso de las aguas del Canal Beagle, como también situaciones ocurridas en los distintos escenarios del país. Pero esta vez, junto con incluir una síntesis del contexto histórico y geográfico del tema, se ha querido abordarlo a la luz de las vivencias de aquellos chilenos –civiles y militares— que estuvieron muy cerca de nuestras fronteras durante la denominada, en algunos escritos, como “la guerra que no fue”.

Por tratarse de un trabajo de tipo histórico-testimonial, se obtuvo información fundamentalmente desde fuentes primarias, a base de entrevistas a los actores individuales que participaron en esta crisis, considerando una variada gama de profesionales civiles, autoridades públicas, técnicos, obreros y reservistas. De la misma manera se entrevistó a integrantes de las Fuerzas Armadas de diferentes grados y jerarquías, que estuvieron desplegados a lo largo del territorio nacional.

No solamente se conocerán antecedentes de hechos ocurridos en la zona austral, sino que también se consideraron los sucesos vividos en la frontera norte, por estar relacionados, de alguna manera, con el tema tratado.

PRESENTACIÓN

En diciembre de 1978 – cuando los vientos de guerra soplaban muy fuerte— Chile evitó un conflicto armado que hubiera hecho saltar en mil pedazos las compuertas del sentido común de dos pueblos hermanos.

Las Fuerzas Armadas chilenas –por su prestigio profesional a lo largo de la historia— fueron una pieza clave en el éxito que tuvo la disuasión que acompañó a una labor política, diplomática y militar excepcional. Poco se ha escrito sobre este período y deseo que el olvido no sepulte el notable esfuerzo de miles de compatriotas que jamás buscaron protagonismo o demandaron reconocimiento a un actuar que lo merecía. Se carecía entonces de material, armamento y equipo, pero se reemplazó por iniciativa, audacia, planes alternativos y un constante entrenamiento. Sacrificio extremo experimentaron quienes vivieron por meses en condiciones climáticas adversas, ubicados en trincheras, fosos, tanques, aviones o buques.

El presente trabajo permitirá dar a conocer –con elemental prudencia— la contribución de muchos actores que coadyuvaron en el esfuerzo bélico durante la crisis de 1978 con Argentina. Lo anterior tiene relación con escribir la historia de nuestro propio tiempo, aquella historia que es reciente, ya que a cuarenta años de ocurridos los hechos, aún falta historiar esas experiencias vividas, pues la mayoría de esos actores fueron “protagonistas de primera línea”.

CONTEXTO HISTÓRICO

ANTECEDENTES

Para llegar a entender desde sus inicios la reacción militar de Chile en la denominada crisis del Beagle del año 1978, hay que situarla primero en su contexto histórico, pues durante la década de los setenta Chile vivió –previo al problema con Argentina— una gravísima situación de desorden interno que determinó la intervención de las Fuerzas Armadas y de Orden en el proceso político chileno, desde 1973 y hasta 1990. Durante dicho proceso, y en circunstancias en que el país retomaba su ritmo de recuperación social y económica, Perú tuvo previsto reivindicar –durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado— sus territorios perdidos en la Guerra del Pacífico.

Es por eso que este conflicto significó para el Ejército estar no sólo en el canal Beagle, o en las islas Picton, Nueva y Lennox –ni siquiera en toda la zona austral—, sino que abarcó el territorio nacional desde Parinacota y el cerro Zapaleri en el norte, hasta el último resto de tierra limítrofe por el sur. Tampoco se trató de una emergencia radicada solo en el año 1978, pues partió mucho antes –como ya se dijo—, con el notable incremento del armamento obtenido en la URSS por Perú, lo que significó la amenaza desde este país a partir de 1973, y que llegó a su clímax con el conflicto del Beagle, que hizo que se planteara un escenario denominado Hipótesis Vecinal 3. Por tanto, la crisis con Argentina se sumaba a otra que ya estaba presente.

LA AMENAZA DEL NORTE, EN LA VÍSPERA DE LA CRISIS DEL 78

Este apartado, aparentemente no del todo vinculado con el tema que nos convoca, contiene la narración de experiencias y situaciones que arrojan luces en muchos sentidos y explican aquello ocurrido algunos años antes.

En octubre de 1968, Perú sufrió un golpe militar que depuso al Presidente Fernando Belaúnde Terry. Lo reemplazó una junta de uniformados, encabezada por el general Juan Velasco Alvarado. No se trataba de un cuartelazo cualquiera, pues los oficiales rebeldes querían transformar al Perú a través de un proceso revolucionario. Pero éste no sería centralizado como al modo soviético, sino más bien siguiendo el imperante en la Yugoslavia de Tito. Uno de sus propósitos era vengar la peor herida y afrenta

histórica experimentada por el Perú y su ejército: la derrota de 1879 y la consiguiente pérdida de territorio a manos de Chile.

A pesar que se desconoce si existía algún grado de compromiso bélico con Argentina en caso de un conflicto con Chile, medios informativos han dado a conocer que en diciembre de 1978 la flota peruana zarpó rumbo al sur en una operación que no se encontraba programada, pero que suscitó comentarios por el despliegue de medios en el puerto del Callao.

La opinión de un miembro de la embajada chilena en Lima expresaba: *“ante un enfrentamiento chileno-argentino, Perú reaccionaría abriendo un frente bélico en el norte, en atención a que era difícil que un presidente, y todavía más uno militar, no aprovechara la gran oportunidad histórica”*.

Conocidos entonces —en términos muy generales— los antecedentes relativos al Perú, entenderemos la situación del Ejército chileno en el Teatro de Operaciones del Norte, y los motivos por los cuales se mantuvieron las fuerzas y el material bélico en dicha zona.

ORIGEN DE LA CONTROVERSIAS POR EL BEAGLE

DISCUSIÓN GEOGRÁFICA – HISTÓRICA.

Cuando en 1881 se firmó el respectivo tratado de límites con Argentina, las autoridades chilenas quedaron convencidas de que los temas limítrofes habían quedado bastante claros. Sin embargo, no faltó mucho para que descubriesen lo contrario. En 1902 pudieron creer que se había logrado esa aclaración, refiriéndose a “las más altas cumbres” y al “divortium aquarum”. En relación a la Tierra del Fuego y las islas adyacentes, el artículo 3° del tratado de 1881 era clarísimo. Las dificultades que se habían presentado más al norte no existían en el escenario isleño y, de ese modo, el árbitro no tuvo que ocuparse del último sector de la frontera, que estaba –y quedó establecida— como sigue:

“Artículo tercero: En la Tierra del Fuego se trazará una línea que partiendo del punto denominado Cabo del Espíritu Santo, en la latitud 52° 40’, se prolongará hacia el sur, coincidiendo con el meridiano occidental de Greenwich 68° 34’ *hasta tocar en el Canal de Beagle*. La Tierra del Fuego, dividida de esta manera, será chilena en la parte occidental y argentina en la parte oriental. En cuanto a las islas, pertenecerán a la República Argentina la Isla de Los Estados, los islotes próximamente inmediatos a ésta y las demás islas que haya sobre el Atlántico al oriente de la Tierra del Fuego y costas orientales de la Patagonia; *y pertenecerán a Chile todas las islas al sur del Canal Beagle hasta el Cabo de Hornos y las que haya al occidente de la Tierra del Fuego*”.

De los elementos que determinan el límite conforme al artículo 3°, ni el Cabo Espíritu Santo –cuya posición se establecía—, ni las coordenadas geográficas que trazaban una frontera rectilínea, ni, en fin, el mismo canal Beagle, parecían prestarse a controversias.

El mencionado canal estaba nítidamente señalado por una autoridad indiscutida, que fue el Derrotero británico para las costas de Sudamérica. Este curso de agua fue descubierto por la expedición británica que exploró la región entre marzo y mayo de 1830, con las naves "Adventure", al mando de Phillip Parker King, y "Beagle", al mando de Robert Fitz Roy. De regreso en Inglaterra, Parker King expuso ante la Royal Geographical

Society y refiriéndose al canal lo reseñó como un paso que se extiende desde el seno Navidad hasta el cabo San Pío, con una distancia de ciento veinte millas "con un curso tan directo que ningún punto de las riberas opuestas cruza ni intercepta la libre visión a través de él". En el año 1833, Fitz Roy volvió a bordo del "Beagle" – ahora con Charles Darwin a bordo—, coincidiendo este científico con la descripción original al indicar que "a través de la mayor parte es tan extremadamente recto, que la vista limitada a cada lado por una línea de montañas, gradualmente llega a hacerse confusa en la perspectiva".

Es importante recordar las descripciones de los primeros exploradores, en las que ellos precisan que el canal es recto y corre de este a oeste, porque cuando Argentina cuestionó el dominio de Chile sobre las islas situadas al sur del Beagle, se basó en un "invento" geográfico, señalando que el canal doblaba hacia el sur, pasando por entre las islas Navarino y Picton, y luego entre Lennox y Nueva, con lo que las islas disputadas no estarían ubicadas al sur del Beagle, sino que al oriente de él.

Por su parte, algunos autores chilenos propiciaron la teoría de la "costa seca", indicando que el Tratado de 1881 no otorgaba derecho alguno a Argentina sobre el canal, al señalar que la división de la Tierra del Fuego mediante el meridiano 52° 40' se extiende hacia el sur "hasta tocar el canal Beagle". La verdad es que esa teoría habría sido difícilmente sostenible, toda vez que ya existía un asentamiento en Ushuaia donde funcionaba una misión anglicana, a la que se accedía a través del canal.

LOS INCIDENTES PREVIOS Y EL FALLO DE S.M. BRITÁNICA

En enero de 1958, Chile instaló una baliza ciega en el islote Snipe –ubicado al oeste de la isla Picton y al nororiente de la de Navarino—, que fue mejorada en mayo con una luz, transformándola en un faro de ayuda para la navegación, que daba los avisos internacionales de rigor. Una semana después el faro chileno no existía, ya que fue cañoneado por el patrullero argentino "Guaraní", siendo reemplazado por una torre con los colores argentinos. La Cancillería chilena reclamó y la contraparte argentina bajó el perfil del incidente, el que se dio por superado y se repuso la señalética nacional.

No obstante, el 9 de agosto de 1958 el destructor argentino "San Juan" destruyó nuevamente el faro chileno y ocupó el islote con veinte infantes de marina. Hubo multitudinarias manifestaciones de indignación en Chile, cuya ciudadanía exigía al gobierno acciones decididas. La Cancillería presentó una perentoria protesta y, luego de

una serie de notas intercambiadas en forma presurada, se acordó retirar a los infantes de marina argentinos y retrotraer la situación al estado en que se hallaba antes de enero de ese año, vale decir, el islote Snipe quedó sin ninguna señalización. Con ello, Argentina había dado un nuevo paso adelante al impedir un acto de soberanía nacional en un sector que nunca antes había estado en litigio.

Posteriormente, la Armada estableció en Puerto Williams una base para cuatro lanchas torpederas. En el año 1967, una de esas lanchas, la “Quidora”, al mando del teniente Leonardo Prieto Vial, durante una navegación de rutina por el Beagle aceleró sorpresivamente sus máquinas y entró por la Boca Grande a la bahía de Ushuaia, saliendo luego a toda velocidad por la Boca Chica, ante el asombro de varias naves de guerra argentinas que se encontraban haciendo ejercicios en el sector.

Sin duda que se trató de una provocación, por lo que a su regreso esa nave debió eludir al patrullero “Irigoyen” que trató de cerrarle el paso a cañonazos, no logrando ningún impacto gracias a la maniobrabilidad y velocidad de la primera. El comandante de la estación naval de Puerto Williams no informó del incidente pensando que el asunto quedaría en el plano de lo anecdótico, lo que no fue así, por cuanto los medios de prensa y radio argentinos casi estallaron con las noticias de lo ocurrido. El embajador chileno en Argentina llamó por teléfono al presidente Eduardo Frei para pedir instrucciones. El mandatario – que desde luego no sabía nada— llamó al Comandante en Jefe de la Armada, quien tampoco manejaba antecedentes al respecto. Éste consultó al Comandante en Jefe de la III Zona Naval en Punta Arenas, quien muy sorprendido pidió informes a Puerto Williams.

Una vez aclarado lo acontecido, se dispuso la baja del teniente Prieto. El gobierno argentino, no satisfecho con la medida disciplinaria adoptada por Chile, envió hacia el sur a su Escuadra compuesta por un portaaviones, un crucero y nueve destructores, en una reacción sobredimensionada y también provocativa.

La situación se tensionó al máximo y la posibilidad bélica era una realidad. Llevábamos más de cincuenta años discutiendo sin ningún resultado positivo y las medidas de provocación –que ya eran una rutina— podían escaparse de control en cualquier momento.

Volviendo al caso del canal Beagle, en 1971 ambos países acordaron acudir a la Corona británica. El proceso se llevó a cabo entre el 1° de julio de 1973 y el 2 de mayo de 1977, fecha en que se comunicó a las partes la decisión de la Corte Arbitral, como también la sanción que a ella daba S.M. Británica.

Los términos eran muy claros: "Pertenece a la República de Chile las islas Picton, Nueva y Lennox, conjuntamente con los islotes y rocas inmediatamente adyacentes a ellas". Contenía además una carta geográfica en la que se trazaba una línea roja que delimitaba la jurisdicción de ambos países en el canal Beagle.

EL RECHAZO ARGENTINO Y LA INTERVENCIÓN PAPAL

El fallo de la Reina de Inglaterra, apoyado en los informes de la Corte Arbitral de La Haya, produjo un júbilo moderado en Chile, pero de inmediato despertó el rechazo por parte de la prensa argentina, caricaturizándolo de despojo. También hubo declaraciones de altos mandos navales, pues en mayo de 1977 el almirante Emilio Massera señaló: *"los argentinos necesitamos que nos posea un espíritu de conquista, agresivo y vigoroso, para rescatar a la república de tanto ultraje y tanta pesadumbre"*. En julio del mismo año, el almirante Ernesto Basílico afirmaba: *"...se debe rechazar el laudo por ser violatorio a nuestros irrenunciables derechos de dominio y soberanía a los territorios y aguas del archipiélago fueguino, situados en el Atlántico al oriente del meridiano del Cabo de Hornos"*.

Chile había emitido una declaración acatando la resolución, pero las autoridades argentinas no se pronunciaron oficialmente hasta casi nueve meses más tarde, el 28 de enero de 1978, en que el canciller Oscar Montes, por medio de una cadena radial y televisiva, informó que su gobierno, después de haber estudiado el laudo, decidía declararlo insanablemente nulo.

Hubo perplejidad ante el desacato y la ofensa que se infería a S.M. Británica y al tribunal internacional, pero no se emitió una declaración de repudio por parte de alguna potencia u organización internacional. Chile tuvo que resolver solo este atropello al derecho internacional.

Las autoridades argentinas comenzaron a preparar psicológicamente a la población frente al conflicto armado que se avecinaba. A lo anterior se agregaron los alardes de triunfalismo tras el resultado obtenido en el Mundial de Fútbol jugado en ese

país en el mismo año de 1978. Por su parte, el general Osiris Villegas declaró desenfadadamente: *"Por el contrario, si Chile sigue precipitando el conflicto por ausencia de buena fe internacional en los procedimientos, manifestaciones anacrónicas e intempestivas; rigidez en la conducta negociadora que no se condice con la amistad y armónica convivencia que prescriben los instrumentos inter-estatales suscritos, irá moldeando un cuadro de la situación que sólo dejará para la Argentina una única alternativa que, muy a su pesar, no es otra que la guerra"*.

Ya en julio de 1978 se hacían ejercicios de oscurecimiento en las ciudades argentinas y se expulsaron muchos chilenos del país trasandino.

Dado que hasta ese momento Chile estaba en posesión efectiva de las islas —de facto— y el Laudo Arbitral de 1977 se las había otorgado —de jure—, no le convenía el camino de la guerra, menos aun considerando la correlación de fuerzas.

Argentina, en cambio, no estaba en posesión de las islas en disputa y tenía en su contra el fallo arbitral, por lo que su gobierno planificó acciones militares tendientes a tomarlas por la fuerza, utilizando para ello su poderío bélico.

RELATOS DE LOS PROTAGONISTAS, A LA LUZ DE SUS VIVENCIAS

ANTECEDENTES

La crisis con Argentina del año 1978 fue uno de los mayores desafíos que tuvo que enfrentar el Gobierno Militar y significó para las Fuerzas Armadas un gigantesco esfuerzo.

El Presidente de la República había dispuesto que el titular del Interior continuara encabezando un gabinete íntegramente civil, con la sola excepción de la cartera de Defensa. Todos los altos oficiales que ocupaban cargos ministeriales serían desligados de sus tareas gubernativas y regresarían a sus funciones militares. Se había decidido que los civiles asumirían los cargos de gobierno vacantes por el alejamiento de los uniformados. El Ministerio de Hacienda destinaba al frente bélico cuantos recursos era posible reunir, sin abandonar el plan económico.

Para atender esta crisis, en el caso chileno, la toma de decisiones residía en forma exclusiva en el Presidente de la República. Éste fue asesorado por el ministro de Relaciones Exteriores y por un grupo compuesto por especialistas de la Cancillería que se organizó en la Dirección de Planificación de esta última secretaría de Estado. Eventualmente, participaron los estados mayores de las Fuerzas Armadas en las comisiones de negociación, como asimismo en labores de asesoría. También funcionó en este mismo rol el Consejo Superior de Seguridad Nacional, formado por los ministros de las carteras más importantes y la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas.

De esta forma, la estructura organizacional señalada otorgaba a Chile una real y efectiva conducción del nivel político-estratégico.

LA ESTRATEGIA ARGENTINA

En el vecino país, las Fuerzas Armadas definieron una nueva estructura de poder para el gobierno, de acuerdo a las pautas fijadas al momento de asumir la dirección del país en marzo de 1976. Se decidió por un proyecto nacional y, a la vez, formalizar un sistema despersonalizado de gobierno.

Se resolvió también una forma colegiada para gestionar el poder, donde la Junta de Gobierno, integrada por los respectivos comandantes en jefe, actuaría como órgano supremo del Estado. El Presidente de la Nación se desempeñaría como jefe del Poder Ejecutivo.

Este sistema que tenía Argentina para la toma de decisiones, no permitía efectuar un procedimiento expedito, debido a que el poder se encontraba dividido en diferentes estamentos, sin que ninguno de ellos pudiera resolver en forma independiente, hecho que dificultó el proceso de negociación entre ambos países. Se estima que, en caso de haberse producido el conflicto bélico, aquello podría haber sido una vulnerabilidad.

En materias de seguridad nacional y de importancia para el Estado, existía el Comité Militar integrado por los comandantes en jefe y por el Presidente de la Nación, quien solamente tenía derecho a voz dentro de esta instancia, dependiendo de aquellos para poder tomar alguna decisión.

A partir de enero de 1978, y durante el tiempo que duró la crisis con Chile, los comandantes en jefe descendían a la escala del alto mando institucional para un período de consultas.

El poder en sí estaba tan diluido entre la Junta Militar y los cuerpos de generales y almirantes, que hacía difícil la negociación en aspectos importantes, pues en esta pirámide de decisiones no existían interlocutores válidos; por tanto, el control presidencial sobre las opciones militares en Argentina se llevó a cabo con dificultades, e incluso con excepciones.

El objetivo político de guerra bélico de Argentina consideraba la “conquista de la zona en litigio y el máximo de territorio chileno, buscando la destrucción del aparato económico y militar del país, cortando las comunicaciones y aislando el territorio”.

En marzo de 1987, la revista argentina “Somos”, en su número 545, editada con motivo de la visita del Papa Juan Pablo II a Chile y Argentina, publicó un documento exclusivo del periodista Bruno Passarelli bajo el título de "Historia secreta de la guerra que evitó el Papa". Decía lo siguiente: “La guerra con Chile tenía fecha y hora exacta de comienzo: la Argentina cruzaría la frontera para ocupar las islas Nueva, Lennox y Picton, el viernes 22 de diciembre de 1978 a la hora 22. Apenas dos horas y media antes del punto de no retorno se impartió en clave, la orden de detener el operativo”.

En Río Gallegos –ciudad con una fuerte migración de población chilena desde la década de los 50—, el 18 de septiembre de 1978, un sacerdote español conocido como el padre Juan, izaba una bandera chilena en el frontis de su iglesia. Con espanto, un grupo de militares argentinos le pidió que la bajara, ya que exponer un pabellón chileno en un edificio público parecía una burla. Amenazaron al párroco, el cual estuvo a punto de irse detenido. Un general le manifestó en la calle, por broma, que si no hubiese sido cura le traspasaba una bala.

En Río Grande, en la Isla de Tierra del Fuego, existía otra importante concentración de tropas y se había iniciado la evacuación de civiles. Además, el 14 de diciembre del año 1978 habían finalizado unas maniobras en la zona de Río Turbio, localidad que enfrenta a Puerto Natales, en el continente.

La ofensiva argentina no se reduciría al sector austral del territorio chileno. En la segunda etapa se iba a operar otra invasión a la altura de Neuquén, buscando cortar en dos el mapa nacional. El general Martín Balza, quien fue Comandante en Jefe del Ejército argentino entre 1990 y 1999, y que movilizó una unidad de artillería de 500 hombres durante el período de la crisis, tuvo que efectuar un reconocimiento en la zona del Paso de Puyehue e hizo una crítica al plan argentino, manifestando que esto era un disparate. Agregó que Chile, con una actitud defensiva, estaba militarmente en una posición más fuerte que ellos, quienes iniciarían una ofensiva. Pero Balza señaló también que lo más caótico y ridículo era que los blindados –refiriéndose a los tanques AMX 13— iban a ser empleados en el Paso de Pino Hachado, donde penetrarían en un área conocida como “La Horqueta”; en otros términos, los tanques desfilarían por un estrecho pasadizo quedando expuestos a ser destruidos fácilmente por unos pocos efectivos enemigos. Finalmente, indicó Balza, aquellos que concibieron el plan se habían olvidado de los manuales y de la más elemental doctrina militar.

Todas las hipótesis puestas sobre la mesa de operaciones indicaban que se esperaba que, una vez iniciadas las acciones, éstas tuvieran un pronto desenlace. Por eso se buscaba obtener una victoria sustentada en la destrucción del aparato militar chileno, obligando a ese país a la rendición lisa y llana – hipótesis de máxima— o a la aceptación de los reclamos territoriales argentinos –hipótesis de mínima—. Inmediatamente se operaría el repliegue de las tropas hacia la frontera.

Otra posibilidad era que se registrara la intervención de algún organismo internacional –presumiblemente las Naciones Unidas— para detener la lucha. En ese caso, Argentina iba a aceptar inmediatamente la presencia de una fuerza de paz. Por esa razón, se planificó todo el operativo militar con la premisa de efectuar un ataque corto y contundente, tendiente a conquistar en poco tiempo la mayor cantidad de territorio enemigo.

Concluyendo esta parte respecto a la toma de decisiones, a pesar que se trataba de dos regímenes militares, en Chile este proceso de toma de decisiones era rápido porque resolvía el General Pinochet, mientras que en Argentina era lento, pues debían aunarse muchas voluntades.

Chile se movilizó para disuadir y lo logró. Argentina se movilizó para alterar la distribución territorial a su favor bajo la amenaza del uso de la fuerza o, en su defecto, para cumplir ese objetivo haciendo uso de la fuerza. No logró lo primero y no hizo lo segundo.

INTERFERENCIAS Y ACIERTOS EN EL EMGE EN SANTIAGO

Junto con guiar al país con seguridad y prudencia, pero, a su vez, enfrentando el desafío con firmeza y templanza, el general Pinochet mantuvo lo conversado con el general Videla en las reuniones en Mendoza y Puerto Montt: *“Chile no será un país agresor, pero tampoco se dejará agredir. No habría guerra limitada ni suspendida. Manteniendo Argentina ocupados territorios nuestros, la respuesta a la guerra sería total en toda agua o frontera, por aire, mar y tierra”*.

En entrevista al entonces Jefe del Estado Mayor General del Ejército de ese período, Teniente General Washington Carrasco Fernández, manifestó que desde los años 1975 a 1977 se desempeñó en la zona austral en los cargos de Intendente Regional, Comandante en Jefe de la Región Militar Austral y Comandante en Jefe de la V División, entregando dichos cargos a fines de 1977 al general Nilo Floody Buxton, considerándolo como un hombre reposado, reflexivo, pero muy decidido. Por lo tanto, el período de la crisis con Argentina lo vivió como Jefe del Estado Mayor General del Ejército, sin dejar de mencionar que conocía la zona austral como la palma de su mano. Pero ahora, en su nueva responsabilidad, tenía que preocuparse de la situación institucional en todo el territorio nacional.

Recuerda que a través de un documento dispuso al Comandante en Jefe de la V División que gestionara con ENAP Magallanes la desactivación de una parte del Campamento y Planta Manantiales de esa empresa en la Isla Grande de Tierra de Fuego, con el propósito de mantener una unidad de combate del Regimiento Caupolicán en el sector norte de la isla, próximo a la Boca Oriental.

De esa manera, en la medida que ENAP hizo presente al Ejército la incapacidad de continuar manteniendo las instalaciones de Manantiales, la V División fue mejorando ese cuartel para guarnecer, con una importante presencia militar, la ruta que conduce a Bahía Azul, en la primera angostura del Estrecho de Magallanes.

Por otro lado, dijo que estaba claro de que la guerra no se desarrollaría sólo en el sur, sino que además en el frente norte y noreste, pues Perú y Bolivia no desaprovecharían la ocasión para reivindicar sus territorios perdidos con Chile en la Guerra del Pacífico. Se refirió en forma extensa y detallada a la falta de material bélico, señalando que nuestra posición en materia de equipamiento era muy precaria e inferior a la del adversario.

Carrasco agrega que, a pesar de haber recorrido varios países del mundo como Brasil, Corea del Sur y otros del área Asia - Pacífico, nuestro gran aliado fue Israel, pues este país nos vendió lo que pudo, en ocasiones, en medio de necesidades muy apremiantes.

“Brasil, como país amigo de Chile nos apertrechó de uniformes, correaes y botas de combate, que no eran de los mejores, pero servían igual. Para los demás países, el mercado negro, siempre listo y servicial, pero con dos fallas insubsanables: precios de locos y responsabilidad cero si se presentaban fallas de calidad”.

Además del esfuerzo para conseguir el armamento necesario, se refirió al problema del financiamiento para los pertrechos bélicos, diciendo que fue de un elevado costo y además expresando lo complicado que era obtener los recursos financieros. El país recién salía de la política de shock aplicada por el equipo económico del gobierno, y si bien las cifras apuntaban hacia arriba, el ministro de Hacienda, Sergio de Castro, mantenía muy comprimido el gasto fiscal. Ante cualquier requerimiento de fondos para la eventual guerra, de Castro accedía a la petición, pero hacía presente que dejaría sin financiamiento otro ítem ya contemplado.

En relación a la planificación de guerra, el Jefe del Estado Mayor General del Ejército agrega que se tuvo que actualizar, considerando una Hipótesis Vecinal 3 – guerra con tres países—, para lo cual contaba con un equipo asesor en las direcciones del Estado Mayor.

El Canciller de esa época, Hernán Cubillos, en una entrevista a Hoover Institute de la Universidad de Stanford dada en 1992, señaló que estando en Roma, se interiorizaba de la crítica situación que se estaba viviendo y expresaba al Sumo Pontífice lo siguiente: *“En qué están pensando los argentinos que los hace tan torpes y no entienden la legalidad de este problema. ¿Puede haber una mentalidad clandestina detrás de esto?”*. Todo esto ocurría silenciosamente, mientras continuaban las conversaciones entre ambos países.

Cubillos agrega que Sergio de Castro le dijo en una oportunidad que estaba muy preocupado, porque no había fondos para un enfrentamiento bélico. Él le contestó: *“No te preocupes, no habrá guerra”*. Esa fue su mayor apuesta en la vida: evitar la guerra.

Destaca que una noche cenó en el Hotel Alvear junto al Canciller argentino Pastor y éste le habló llorando, diciendo que era horrible todo lo que había pasado. Pocos días después, Argentina no echaba pie atrás y estaba lista para el inicio de la guerra. Entonces llamó al Vaticano para comunicarle al Papa lo que estaba pasando y el 23 de diciembre Juan Pablo II envió un emisario que fue aceptado.

Retomando el testimonio del general Carrasco, agrega esta autoridad que entre sus aciertos estuvo el haber llamado a su Cuartel General a los empresarios chilenos para solicitarles que colaboraran en la fabricación de elementos bélicos, como minas antitanques y antipersonales. Entre las personas que llegaron a su oficina se encontraba Carlos Cardoen, siendo el único que pudo presentar una solución al requerimiento. Cuenta, además, que tiempo después le agradeció en forma personal, considerándolo como una persona que prestó un enorme servicio al país.

En entrevista sostenida con este empresario en su oficina de avenida Monseñor Escrivá de Balaguer, éste manifestó al autor que debido a la crisis que se vivía y a que Chile no podía adquirir material bélico por la Enmienda Kennedy, el general Carrasco lo invitó al Cuartel General del Ejército junto a otros connotados industriales chilenos. Él, por su parte, y hasta ese momento, fabricaba explosivos industriales para la minería en

Chuquicamata y ya había formado en el año 1977 la empresa “Explosivos Cardoen”. Dijo que el General Carrasco les mostró los dos tipos de minas, diciéndoles que Argentina podría invadir el territorio nacional y que requería tener obstáculos para dificultar los avances del enemigo. Agregó que con los medios con que se contaba en el país y la contratación de otros profesionales conocidos por él, y que poseían los conocimientos necesarios en esas materias, se dedicaron a diseñar una mina antitanque (AT), porque era la que más se requería en ese momento.

“Echamos mano a todo lo que servía más a los conocimientos técnicos que se tenían, ya que el haber trabajado anteriormente en una industria, la que fabricaba tambores, apoyó en la construcción de una parte de la mina (área de la espoleta). Además, otra empresa colaboró con la construcción del fulminante.”

También tenían el inconveniente que el explosivo colocado en la mina se humedecía, razón por la cual tuvieron que agregarle un dispositivo para paliar este problema.

Continúa su relato: *“Contratamos un armero alemán que vivía en Chile y que había combatido en la Segunda Guerra Mundial, armero que se dedicó, por sus conocimientos técnicos y experiencia, a optimizar la fabricación de la espoleta”.*

Posteriormente, fueron a los ensayos en Peldehue, y desde que se reunieron con Carrasco hasta las pruebas definitivas, pasaron treinta días.

SITUACIONES VIVIDAS EN LOS TEATROS DE OPERACIONES

El mando decidió mantener las fuerzas desplegadas en el norte, pues consideró que si lograba neutralizar a Perú y Bolivia, se apaciguaría el problema oriental. También se concentró en potenciar el sur y la zona austral. En diciembre, 110 mil chilenos se distribuyeron en ambos extremos. Esta movilización fue estrictamente secreta, a diferencia de la argentina, que hizo llamados a sus reservas a través de los medios. Y si en el centro y en el sur del país la gran mayoría de la población ignoraba la inminencia del desastre, en el norte se realizaban despliegues públicos de fuerza para desalentar a los eventuales invasores.

El General Carrasco, en su rol de JEMGE, debía —además de sus múltiples funciones—, planificar y supervisar las actividades en los distintos escenarios del territorio nacional.

EN EL TEATRO DE OPERACIONES NORTE

En el mismo escenario nortino, pero en el frente altiplánico, se encontraba el entonces capitán Héctor Moncada Sepúlveda, al mando de una compañía de comandos. Recuerda que el 4 de diciembre, junto a otros integrantes de la unidad, celebraban a Santa Bárbara, patrona de los artilleros.

“Ese día, por instrucciones del General Dante Iturriaga Marchesse, debía partir de inmediato con mi unidad fundamental a la zona de Coronel Alcérreca, Villa Industrial y General Lagos, con la misión de esperar la orden de infiltración a territorio peruano para hostigar y atacar instalaciones logísticas que se encontraban al otro lado de la frontera, en ese sector altiplánico”.

En espera de esa orden, se dedicó a efectuar reconocimientos por la zona, y en circunstancias que se desplazaban con una patrulla en un camión Unimog, divisaron un niño de aproximadamente 11 años caminando por la ruta. Detuvieron el vehículo preguntándole al niño a donde se dirigía, manifestando éste que iba a la escuela. Lo invitaron a subirse al camión y lo llevaron a la pequeña escuela del poblado, entregándolo

al profesor. El Comando Moncada agrega que el profesor y los alumnos se alistaban al izamiento de la bandera por ser día lunes, así que dispuso desembarcar la patrulla, armar la bayoneta, y junto a los integrantes de la escuela altiplánica, se izó la bandera entonando el himno patrio. Antes de retirarse, repartieron a los alumnos las raciones de combate que llevaban consigo, como un acto solidario a esos sufridos habitantes del extremo norte chileno.

EN EL TEATRO DE OPERACIONES CENTRAL

El Teatro de Operaciones Central, al mando del general Enrique Morel Donoso, tampoco se podía descuidar, ya que éste consideraba una de las principales líneas de operaciones, como es la del valle del río Aconcagua, donde Argentina tenía previsto una gran ofensiva por ese sector, con el objeto de caer sobre Santiago y Valparaíso. Cabe recordar aquí las grotescas declaraciones que hizo en Córdoba el arrogante general Luciano Benjamín Menéndez, Comandante del III Cuerpo de Ejército argentino, refiriéndose a lo que haría personalmente en el palacio de La Moneda y en las playas del Océano Pacífico, al momento de llegar a Viña del Mar.

Es así como en este teatro se vivieron algunas situaciones que vale la pena darlas a conocer, porque reflejan, entre otros aspectos, iniciativa, patriotismo, espíritu de sacrificio y cumplimiento del deber.

En la frontera del Cajón del Maipo estuvo Enrique Cifuentes, teniente en retiro del Ejército y hoy actual diplomático de carrera, quien relató sus vivencias del año 1978:

“Estaba en la Cancillería en esa época y pedí autorización para ponerme al frente de una compañía de reservistas que me tenían asignada en el Regimiento ‘Buin’, según los planes de movilización de esa unidad, a la cual pertenecí hasta septiembre del año 1977. El Subsecretario de Relaciones Exteriores de ese tiempo me manifestó que yo no podía ser movilizad por estar en la planta del Servicio Exterior del país. Le insistí argumentando que me sentía más capacitado para defender los intereses de Chile desde el Ministerio de Defensa, donde había servido por varios años, que de la Cancillería, donde era un funcionario recién ingresado”.

“Bueno, dicho argumento le convenció, pero me hizo presente que sólo sería por esa vez y que así lo debía hacer presente en el Regimiento ‘Buin’, para que no me consideraran nuevamente en los planes de movilización. Entonces vino la presentación y

asunción de funciones en ese regimiento como comandante de compañía, para salir enseguida a custodiar la frontera en el Cajón del Maipo, sector donde pasamos varios días de dulce y agras con mis superiores, ex compañeros de armas y subalternos, esperando lo que viniera”.

“Afortunadamente nada especial ocurrió y regresamos a Santiago, donde fuimos desmovilizados y a la Cancillería nuevamente, a esperar mi primer destino que resultó ser en Paraguay, coincidiendo que el embajador en ese país era el General Carlos Forestier”.

Trasladémonos unos kilómetros más al sur, para recordar un hecho ocurrido al entonces capitán Hugo Acevedo Godoy, quien en 1978 era el comandante de la compañía andina del Regimiento de Infantería N° 19 “Colchagua”, correspondiéndole en el mes de octubre de ese año marchar con su unidad fundamental a la frontera, específicamente al Paso Vergara, en plena cordillera de Los Andes.

Acevedo relata lo siguiente: *“Inicié la marcha desde San Fernando a pie ya que no contaba con los medios de transporte necesarios. Algunos tramos fueron efectuados ‘haciendo dedo’ a camiones particulares, ello me permitió alcanzar el cruce Curicó-Romeral para continuar avanzando en dirección Los Maquis, Los Queñes, Río Malo, El Planchón, llegando finalmente al Paso Vergara para quedar organizado como la unidad más avanzada del batallón, con la misión de mantener el sector sin ceder el límite político internacional”.*

Agrega Acevedo: *“En el mes de diciembre fui controlado por el Comandante en Jefe de la II División de Ejército, consultándome sobre el equipo y vestuario de los soldados, respondiéndole a dicha autoridad que las botas eran calzado de llanura no apropiadas para la nieve y la lluvia, las parkas se pasaban de agua, como también los ponchos impermeables, ya que éstos eran de género. Asimismo, le expliqué a mi general que las mochilas que llevaba la tropa no reunían las condiciones apropiadas, las correas eran angostas y no tenían la denominada correa barriguera. Ante esta información, mi general Morel me ordenó que propusiera algunos modelos y que se los presentara en el Cuartel General, en Santiago”.*

Continúa su relato *“Una vez que mi general se embarcara en el helicóptero y abandonara la zona, entregué el mando de la Compañía al oficial más antiguo que*

seguía, a objeto de cumplir lo dispuesto por mi general, para lo cual regresé a San Fernando a pie, a caballo y a dedo. Al llegar a la ciudad, junto a un grupo de talabarteros civiles confeccioné tres modelos de mochila con las características técnicas necesarias para un combatiente en la montaña. Luego partí a Santiago en tenida de salida con blusa blanca, portando los modelos de mochila diseñados.”

El capitán Acevedo se dirigió al Cuartel General de la II División del Ejército y le propuso el modelo más conveniente según sus conocimientos de especialista en montaña. Posteriormente, este oficial se las ingenió para regresar lo más pronto posible a la cordillera para continuar al mando de su compañía andina, pasando la Navidad y el Año Nuevo en esas posiciones junto a sus hombres.

Tiempo después, tuvo conocimiento que su opinión de montañés, entregada en las posiciones defensivas al general Morel, fue exitosa y logró el objetivo propuesto, ya que el Ejército dispuso que una fábrica confeccionara mochilas de acuerdo al modelo propuesto, en cantidades tales que permitieron equipar a las unidades de montaña de la II División del Ejército

Es del caso señalar que la compañía andina del entonces capitán Hugo Acevedo estuvo conformada por soldados conscriptos de la zona colchaguina, entre los cuales figuraba el reservista Juan de Dios Villegas, quien en el año 2008 logró tomar contacto nuevamente con su capitán. *“Nos reunimos en San Fernando, en el mes de diciembre de cada año con una fuerza de 70 hombres, a fin de recordar vivencias del período de la crisis de 1978”* ...precisó Acevedo.

EN EL TEATRO DE OPERACIONES SUR

Debido a la crítica situación, se hicieron modificaciones a la división territorial, excluyéndose el TOCS a objeto de reforzar el Teatro de Operaciones Sur, al mando del general Luis Prussing S., que comprendía la IX y X Región, y que consideraba importantes líneas de operaciones como eran las de Lonquimay, Icalma, Mamuil Malal y Puyehue, correspondientes a pasos fronterizos de baja altura que en el período estival permiten el tránsito de todo tipo de vehículos.

En Marimenuco, sector que enfrenta al Paso de Icalma y al Paso del Arco, se encontraba desde agosto de 1978 el entonces teniente Mario Vásquez Lazo, al mando de una compañía de morteros perteneciente al ex Regimiento de Infantería N° 20 “La

Concepción”, de Lautaro. Manifestó que su unidad fundamental tenía 90 hombres y que contaban con material Ecia de fabricación española, hasta que llegaron los morteros Soltam israelíes, los que fueron entregados en las mismas posiciones de fuego. De esa manera, pensó hacer unos tiros de reglaje para tener la certeza que este material venía en condiciones operativas, pero en vista que estaban muy cerca del límite político internacional, y con el propósito de no ser ellos los que iniciaran el conflicto, decidió esperar la orden del escalón superior.

Respecto a las comunicaciones radiales, agregó: *“Los enlaces no eran de lo mejor, porque las radios no tenían el alcance suficiente; pero gracias al ingenio del soldado conscripto radioperador de apellido Tripaiñán, conocido como ‘el Tripa’, ideó un sistema con un alambre en forma de espiral, lo que permitió sacar un rendimiento a las radios superior al normal que traían por cartilla”*.

Vásquez se refiere a un soldado conscripto que acotó lo siguiente: *“Mi teniente, que es complicado atacar, ya que los argentinos van a venir a cuerpo descubierto y nosotros estamos protegidos”*. A partir de ese momento, el teniente Vásquez tomó aún más conciencia de lo comprometido que estaba su personal, especialmente sus conscriptos, jóvenes de 18 años que cumplían con entereza y madurez una situación que no era propia a esa edad. Debido a esa inquietud del soldado, Vásquez le preguntó si tenía temor respecto de lo que podía venir, respondiendo ese soldado: *“...en cualquier momento se puede morir, y que mejor momento es el que vendrá”*. Al recordar Vásquez esta situación en su domicilio particular en Lonquimay, se emocionó y dejó caer unas lágrimas, manifestando además que había conocido a un subteniente de una unidad vecina, recién egresado de la Escuela Militar, quien tuvo la noticia del fallecimiento de su padre y que fue autorizado para concurrir al funeral de su progenitor, regresando a las 48 horas a su zona de acción para cumplir con su deber.

Después de finalizada la Parada Militar en Valdivia y hasta el mes de marzo de 1979, le correspondió defender el paso de Carirriñe al entonces teniente Julio Gutiérrez del Regimiento de Caballería N° 2 “Cazadores”, quien recuerda que se las ingenió para que cada soldado conscripto de su unidad recibiera un regalo para la Navidad, ya sea algunos útiles de aseo personal y otras donaciones que hicieron civiles del sector de Liquiñe. De esa forma y para agradecer la contribución de la gente de esa localidad,

invitó a un asado, donde militares, carabineros del retén y pobladores pudieron compartir un cordero al palo en medio de esa sensible fecha.

Más al sur del territorio, cubriendo el frente de Coyhaique, se encontraba la Brigada “Aysén” al mando del entonces general de brigada Samuel Rojas Pérez, autoridad que refiriéndose al comportamiento del potencial humano de los ayseninos, escribió: *“Ninguno huyó hacia la parte central del país, ninguno buscó el camino del océano para salir con vida de esta zona, sino muy por el contrario, entregaron a las Fuerzas Armadas todos los pocos bienes que poseían para contribuir a defendernos: camiones ganaderos para transporte de personal, vehículos en general, ganado para alimentación de los soldados que llegaban, campos para entrenamiento y, en fin, todo lo que pudiera estar de su parte”*.

En la misma zona jurisdiccional de esa región patagónica, pero viviéndose el mes de marzo de 1979 y en los fríos patios del Regimiento de Infantería Motorizado Reforzado N° 14 “Aysén”, se presentaba al servicio militar el ciudadano Alberto Reyes Roa --hoy suboficial mayor en retiro— quien al ser consultado sobre la crisis con Argentina, manifestó que a pesar de su inexperiencia de esos años en el Ejército, tuvo que concurrir recién acuartelado a la frontera en el sector de Balmaceda, pues la situación en la zona de Coyhaique no era fácil: *“Previo a recibir instrucción teórica como grados y distintivos, reglamento de disciplina y otras materias, tuve que aprender a disparar el fusil SIG, porque en esa zona aún se vivía la guerra. En las posiciones divisaba soldados argentinos parapetados que estaban muy cerca nuestro”*.

Este suboficial mayor fue un orgulloso comando-paracaidista, porque guardó gratos recuerdos de su primer instructor que tuvo en el servicio militar, correspondiendo éste a un boina negra, y asegura que eso lo marcó para ingresar a las Fuerzas Especiales.

EN EL ALISTAMIENTO DE LOS PARACAIDISTAS

Estas fuerzas de élite se ejercitaban y efectuaban maniobras en distintos escenarios del territorio nacional, algunos con el apoyo de medios de transporte del Ejército, de la Fuerza Aérea y otros medios civiles, como los turbohélice F-27, aquellos viejos aviones que durante muchos años trasladaron el diario “La Tercera” a las provincias más alejadas del territorio nacional.

Los ejercicios consistían en involucramientos verticales ante el caso de cumplir misiones como el corte de líneas de comunicaciones del adversario, o la mantención de obras de arte que eran de interés para el desarrollo de las operaciones.

De esa manera, se llevaron a la práctica los entrenamientos realizando un primer ejercicio en la zona de Zapiga, Cerro San Francisco, en Dolores y Pisagua, caleta esta última donde se acantonó aprovechando las instalaciones que allí existían. Pero una noche, mientras la unidad se encontraba en reposo, se produjo un violento sismo en todo el norte, provocando derrumbes y cortando el camino de la Cuesta de Hospicio, por lo que se dio la orden de levantarse y con las herramientas de zapa se concurrió a despejar el camino. Del mismo modo, se designaron “vigías” para dar el aviso en caso de producirse algún tsunami. Cuando ya todo estaba en calma, y dadas las medidas de seguridad que el caso ameritaba, se continuó con el reposo.

En días posteriores se efectuaron desplazamientos hasta la localidad de Cuya, en la quebrada de Camarones, estableciendo sectores de fuego para las armas y emplazando los fusiles ametralladoras en los terrenos críticos para cubrir el frente de la sección: en resumen, todo lo aprendido respecto de las tácticas defensivas de una pequeña unidad. Con respecto a esta materia, tiempo atrás leí la obra “Operación Mercurio”, escrita por Friedrich August von der Heydte, sobre el asalto aerotransportado alemán en la isla de Creta durante la II Guerra Mundial, refiriendo el mencionado autor germano que el elevadísimo porcentaje de bajas fue producto – entre otros aspectos— de la falta de



experiencia táctica de los paracaidistas alemanes y lo insuficiente de su instrucción, sobre todo de los oficiales de pequeña graduación.

En otra ocasión, más al sur y al interior de Copiapó, entre las localidades de Carrera Pinto e Inca de Oro, se realizó la operación aerotransportada denominada “Zorro Seco”. Despegando desde Chamonate y en un vuelo bastante prolongado, y con mucha turbulencia, iban algunos hombres exhaustos sentados en el piso del C-130, pues debido a la incómoda posición y al peso del equipo de combate, lo único que deseaban era salir del avión y saltar lo más pronto posible. Recuerdo a Lara, un dragoneante de pequeña estatura que se caracterizaba por su buen sentido del humor, pero que en ese momento y producto de sus náuseas nada ni nadie lo hacía reír, ya que por ser el radioperador de la compañía, le correspondió llevar el equipo transmisor en una bolsa blanca, reforzada para ese propósito y ubicada debajo del paracaídas de reserva, por lo que tuvo que hacer todo el procedimiento en el aire para alejarla de su cuerpo previo al aterrizaje.

Este ejercicio tuvo consecuencias casi trágicas, debido a las informaciones que vulneraron los medios de comunicación social al difundir noticias como: “*cayó avión con paracaidistas en el norte*”. Lo cierto fue que en la zona de lanzamiento había un viento que sobrepasaba los límites normales para efectuar el salto – más de 15 nudos— y además el terreno era bastante pedregoso, lo que trajo como resultado un alto porcentaje de accidentados, algunos de mediana gravedad y que fueron evacuados a las localidades cercanas. Obviamente, que la presencia de esta unidad especial era un acontecimiento en la zona, por tanto, los medios de prensa locales estaban alertas para entregar cualquiera información relacionada con el ejercicio militar.

Tiempo después, en la zona de Curacaví, hubo otro entrenamiento, el cual se preparó en los patios de la escuela, oportunidad donde el comandante de la 1ª Compañía de Paracaidistas, en las charlas previas durante el proceso de planificación, daba a conocer – entre otros aspectos— que al término de la zona de lanzamiento existían unos galpones para la crianza de aves y que había que tener cuidado para no descender sobre ellos. Pues bien, el día de la ejecución, el único paracaidista que cayó sobre un gallinero fue el propio comandante de la citada compañía.

Ya a finales de 1978, la unidad se desplazó vía aérea a la zona de Temuco. Recuerdo muy bien que en esa oportunidad, al aterrizar en la madrugada en el aeropuerto

de Maquehua, observé por la ventanilla del avión CASA 212 que en los cabezales de la pista, estaban ubicados, camuflados y con sus cargas de guerra, los aviones de combate de la FACH A-37, con los pilotos en sus respectivas cabinas, listos para despegar. De esa forma, logré reforzarme el cuadro acerca de la gravedad de la situación.

En esa ocasión, se desarrolló un salto con equipo de combate en un área con mucho viento, cercana al paso Mamuil Malal, entre Curarrehue y Pucón, zona de similares características geográficas a la existente en la Línea de Operaciones de Puyehue, considerada por el adversario para iniciar su ofensiva simultánea hacia nuestro país. Por tanto, había que entrenarse allí a objeto de lograr distraer fuerzas ante un caso real.

Bajada un poco la tensión y ya viviéndose el mes de agosto de 1979, el JEMGE, General W. Carrasco F., dispuso un gran ejercicio aerotransportado que duró dos semanas denominado “Andrómeda”. La presencia en el día del lanzamiento del Ministro de Defensa, General Carlos Forestier, le dio la importancia que el caso ameritaba en ese período, pues aún no se firmaba el Tratado de Paz y Amistad con Argentina. La fase de preparación se realizó en los terrenos de Peldehue y la ejecución en la zona de Huechún, al norte de Colina. Para el desarrollo de este ejercicio, hubo citación de todos los paracaidistas con la especialidad vigente de la zona central del país, incluyendo a los reservistas.

Al cuartel de Peldehue llegaron oficiales alumnos de la Academia de Guerra, que asumieron los mandos de las unidades fundamentales. Por otro lado, aquellos que pertenecíamos a la planta de la Escuela pasamos a desempeñar el rol de segundos comandantes de cada compañía y asesores técnicos. Conforme al plan de embarque y a la distribución de los aviones, me correspondió ser jefe de salto en una aeronave Focker F-27 a turbohélice, que tenía los colores propios del diario “La Tercera”, el que fue adaptado para el lanzamiento de paracaidistas, extrayéndosele la puerta de carga.

Haciendo recuerdos de la película relacionada con los paracaidistas en Normandía, “El Día Más Largo del Siglo”, ya en vuelo procedí a revisar la marcación de tierra, asomándome en la puerta ancha del avión para dar los mandos de salto y revisar el equipo. De acuerdo a lo coordinado con el comandante de la compañía que iba en el mismo avión, me lancé al vacío para que el resto del personal me siguiera y, una vez aterrizado, lograra constituir un punto de reunión de la unidad, acción que resultó sin contratiempos.

En esta actividad profesional –donde se hizo un período de preparación bastante exhaustivo, desde el punto de vista de la planificación— se logró como resultado que al término del ejercicio – después de haber saltado un total de 1.600 paracaidistas— hubo sólo un lesionado, con esguince leve en un tobillo, lo que demuestra la buena preparación física de la tropa.



Foto que muestra el ejercicio aerotransportado “Andrómeda” con zona de aterrizaje en Huechún.

Pero ocurrió un hecho que fue comprobado al final del ejercicio, durante la formación para proceder al despacho del personal. Hubo un reservista que cuando hizo su servicio militar en ese instituto, no alcanzó a graduarse como paracaidista, ya que no realizó los cinco saltos de calificación; por lo tanto, en el ejercicio “Andrómeda” saltó sin tener la especialidad. Debido a esto, el director de la escuela dispuso una ceremonia con el objeto de entregarle la boina y la piocha, quedando de esa manera graduado como paracaidista básico del Ejército. Es mérito del soldado chileno.

Los momentos en tierra se aprovechaban en los patios de la escuela para dos actividades bien específicas: adiestrar a los paracaidistas en las habilidades para una guerra de guerrillas y la instrucción al personal de Carabineros que tuvo que desplazarse a la zona austral como combatientes básicos.

Todos los ejercicios fueron liderados por nuestro director de aquella época, jefe de gran calidad humana, un profesional altamente capacitado y muy estricto.

LOS PROTAGONISTAS DEL TEATRO DE OPERACIONES AUSTRAL

Antecedentes

Como se ha señalado en páginas anteriores, los objetivos de Argentina en la zona austral consideraban que, a partir de las ocho de la tarde del 22 de diciembre de 1978, la Flomar y tres batallones de infantería de Marina ocuparían las islas Wollaston y Hornos. A las diez de la noche se ocuparían las islas Picton, Nueva y Lennox, logrando además el control de canal Beagle¹.

La ofensiva terrestre se iniciaría a las doce de la noche. Para ello, el V Cuerpo de Ejército al mando del general José Antonio Vaquero atacaría desde la zona de Santa Cruz para conquistar Puerto Natales y Punta Arenas, y también el máximo de territorio chileno en la zona patagónica.

Simultáneamente, la Fuerza Aérea trasandina realizaría bombardeos estratégicos contra objetivos militares en la zona austral, para proceder posteriormente a la destrucción de aviones de la FACH en tierra.

Como reserva estratégica se dejó a la II Brigada de Caballería Blindada con guarnición en Comodoro Rivadavia.

Preparación de los componentes

Recordemos que como intendente de esa región se encontraba el general Nilo Floody Buxton, quien a su vez ejercía como Comandante en Jefe de la V División de Ejército y de la Región Militar Austral.

El plan consideraba la organización defensiva de los posibles frentes de combate en la zona, impartiendo una orden preparatoria para ocupar posiciones defensivas en los principales terrenos críticos, en espera de la llegada de refuerzos desde Santiago. Las unidades estaban constituidas por el Regimiento de Infantería Motorizado Reforzado N°10 “Pudeto”, el Regimiento Blindado N°5, la Compañía de Ingenieros Motorizada

¹ Uno de estos batallones fue el BIM5, con guarnición en Río Grande, Tierra del Fuego argentina, unidad que fue visitada por el autor en 1997, accediendo a una invitación del capitán de fragata Juan Roberto Marín, comandante del batallón, con motivo de los 50 años de su creación. En la revista que publicó dicha unidad en esa ocasión, se refiere a la crisis con Chile de 1978 señalando “no sólo el BIM5, participó militarmente del despliegue de la Infantería de Marina en la Isla Grande de Tierra del Fuego, sino las fuerzas militares conjuntas del país acantonadas mayoritariamente en Río Grande.”

N°5, el Regimiento de Infantería N°11 “Caupolicán” en la Isla Grande de Tierra del Fuego y, finalmente, el Regimiento de Caballería N°5 “Lanceros” de Puerto Natales.

Con estos medios —los que no sobrepasaban los mil quinientos hombres— el general Floody dispuso que el Pudeto y el Blindado protegieran Punta Arenas, el Lanceros el resguardo de Puerto Natales, mientras que el Caupolicán procuraría la defensa de la Isla de Tierra del Fuego.

Respecto a la Armada, la III Zona Naval —inicialmente a cargo del almirante Raúl López Silva— recibió la misión de organizar la defensa de las islas en disputa, conforme a los medios que se tenían en ese momento. Es interesante señalar que todas las islas australes fueron ocupadas defensivamente por infantes de Marina que iban llegando a la zona, logrando completar una fuerza de 4.800 hombres al mando del capitán de navío Pablo Wunderlich. Parte de estos efectivos pasaron a formar la reserva del teatro.

Sobre esta rama de las Fuerzas Armadas, el general Matthei, en la obra “Mi testimonio”, afirma que, de las tres instituciones de la defensa nacional, la mejor preparada era la Marina, agregando que cuando viajó al sur quedó impresionado por las condiciones en que vivían los infantes de Marina destinados a dicha zona, los que pese a la escasez de recursos, estaban firmes y con la moral en alto.

Por su parte, la componente aérea, representada por el Ala N°3, no sólo se limitaba a fortalecer las defensas antiaéreas de las principales ciudades, sino que a proteger el aeropuerto Presidente Ibáñez de Punta Arenas y las pistas de aterrizaje de Puerto Natales y Porvenir; como también a construir refugios subterráneos para los aviones de combate y tener pistas de alternativa en los tramos de carretera. La falta de radares para detectar en forma temprana aviones enemigos en el espacio aéreo chileno fue suplida enviando personal de esa rama de la defensa a posiciones adelantadas con equipos de comunicación, que permitieran informar cuando un avión argentino cruzaba la frontera.

El testimonio del entonces Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, General Ricardo Ortega, deja de manifiesto lo anteriormente indicado. ORCA, --nombre de combate de Ortega— quien en dicho período tenía el grado de teniente y era piloto de un avión T-37, dijo que su desventaja fue estar siempre a la defensiva. Eso en la aviación era pelear con una mano amarrada, pues no contaban con buenos radares y, además,

estaba la cordillera: si un avión la cruzaba viniendo de Argentina, en menos de un minuto y medio ya estaba encima de las propias tropas.

Agrega que probablemente los iban a sorprender en tierra o despegando. Sin aviones de alerta temprana, ni radares, la alerta consistía en tener todo tipo de gente desplegada.

Aunque parezca increíble, recuerda que tenían gente con pequeños radiotransmisores arriba de un cerro. También había otras redes que estaban informando: carabineros, aduanas y personal del otro lado, que podían comunicar hasta el momento en que despegaban los aviones argentinos.

Por no tener muchas instalaciones, las pocas existentes estaban mal fortalecidas; por tanto, el concepto táctico era dispersar los aviones dentro y alrededor de las bases esperando el primer golpe, y tener un sistema que permitiera – en un mínimo tiempo— sacarlos del lugar de dispersión, llevarlos a la pista y hacerlos despegar.

Ese era el entrenamiento que tuvieron que hacer durante el período de la crisis: probar, alertar, esconder, volver y sacar.

LA CONCENTRACIÓN Y EL DESPLIEGUE A LA FRONTERA

EN EL CONTINENTE.

Es así como formando parte de los medios de la Escuela de Infantería, llegó el soldado conscripto Juan Peñailillo Carrasco, quien al entrevistarse con este autor, manifestó: *“logré por fin ingresar al Servicio Militar por ‘un pituto’ ya que después de haberlo intentado dos veces, no lograba acuartelarme”*. Dijo que su unidad de cañones antiblindaje de 106 mm. fue desplegada en la zona de La Pelecha, distante 120 kilómetros al noreste de Punta Arenas. Se mantuvo allí desde octubre de 1978 hasta febrero 1979. *“En una ocasión, para apaciguar el frío, un compañero llegó con una botella de pisco y otra de cinzano, nos preparamos un pichuncho con tal mala suerte que a otro soldado ‘se le pasó la mano con el copete’ lo que motivó a un instructor castigar a la unidad con un ‘aporroeo’”*. Recuerda que en dicho lugar recibió la noticia del nacimiento de su primer hijo, a través de la correspondencia que era distribuida por el servicio de correos en campaña.

También hace recuerdos de la denominada “cacería de corderos”, donde los ovejeros les decían que “dejaran el platito”, refiriéndose a que, una vez faenado el animal, dejaran el cuero y la lana sobre la alambrada de la estancia.

Actualmente se desempeña como gáster, gracias a un curso de especialización otorgado por el Ejército que realizó al término de la desmovilización.

Por otro lado, desde el punto de vista del apoyo de fuego, la artillería ocupó sus posiciones midiendo el terreno por medio de cientos de levantamientos topográficos que sostendrían la eficacia de sus trayectorias una vez que se diera la orden para el tiro; sus observadores adelantados conocían cada milímetro de la pampa. La precariedad de estos medios en comparación a los argentinos fue suplida por los morteros de 120 mm. fabricados en Israel —los famosos Soltam—.

Quien fuera el Comandante en Jefe del Ejército entre los años 2006 y 2010, el general Oscar Izurieta Ferrer —y quien era capitán en esa época— pudo formarse un

cuadro muy general y completo de la situación a lo largo de la frontera, dado el especial rol que le cupo, que le permitió recorrer trinchera tras trinchera en los teatros de operaciones.

Sus conocimientos de morteros, y también su buen dominio del idioma inglés, lo llevaron a hacerse cargo de la delegación israelí que vino a entrenar al personal en el uso de ese material. Con ellos recorrió todo el país, enseñando y capacitando día y noche; donde pudo palpar el sacrificio y también el tremendo entusiasmo patriótico. Izurieta se refiere a una de las tantas historias desconocidas que ocurrieron durante esta crisis: por ejemplo, aquella de los “huasos” voluntarios de la zona central y sur, que en forma clandestina se integraron a las filas de los militares con sus propios caballos y sus inseparables mantas de castilla —y algunos hasta con sus armas particulares consistentes en revólveres y escopetas de caza—, y se sumaron a la fuerza terrestre, dirigiéndose hacia la cordillera.

Por otra parte, los blindados cambiaban su lugar de emplazamiento todas las noches para asegurar el secreto de su ubicación, dispuestos a lanzar el contraataque que permitiera lograr una decisión favorable para las fuerzas chilenas.

Al sargento 1° Héctor Segura Melgarejo le correspondió desempeñarse como comandante de un tanque M-41 en la zona fronteriza. Cuenta que los soldados integrantes de su tripulación tuvieron un comportamiento acorde con la situación que se vivía y que recuerda con cariño a un soldado municionero, joven campesino del interior de Chillán, siempre atento y leal. Cada vez que tenía oportunidad, sacaba de los alvéolos los proyectiles de 76 mm y uno por uno los limpiaba con mucho esmero, hasta dejarlos brillantes.

Por orden superior, tuvo que bajar a la guarnición de Punta Arenas con la misión de traer elementos para equipar a ciudadanos reclutados en esos días y reservistas voluntarios que venían de todas partes de la Patagonia; incluso algunos de ellos habían vivido por años en Argentina, trabajando en las minas de Río Turbio y otras localidades cercanas. Casi todos eran jóvenes, pero también había personas de edad, como los padres de algunos reservistas, quienes junto a sus hijos se presentaron a cumplir con el deber que su patria les imponía.

Segura agrega que a su regreso al frente, y al pasar por algunos lugares, se encontró con agrupaciones de hombres llegando en buses y camiones, y que sólo llevaban un fusil y un bolso: *“Eran carabineros traídos de la capital, muchos de ellos sin despedirse de sus seres queridos, pero ahí estaban, un poco desorientados por el lugar y la poca práctica de ese terreno en sus vidas profesionales”*.

Con satisfacción recuerda un hecho que al principio tuvo el carácter de preocupante. Se refiere a los camiones abastecedores de material de guerra, combustible y alimentos en general, los que no podían desplazarse por esos caminos, ni tampoco lo podían hacer a campo traviesa, por las irregularidades del terreno. Tuvo la suerte de integrar una patrulla de abastecimiento nocturno y, para llevar a buen término la misión, se solicitaron dos carros M-113 A1 de transporte de personal, vehículos a oruga y considerados como los hermanos menores de los tanques.

Para el sargento Segura, el día clave fue cuando recibió la orden proveniente del tanque líder: *“Motores en marcha, atención todos los escorpiones, a partir de este momento silencio de radio, todos los tripulantes a sus puestos de combate”*. Era un día de mucho frío y algo nublado, pero nada importaba, pues estaban al interior de sus tanques, esperando pacientemente.

A las tres de la madrugada había silencio de radio y también silencio absoluto, ya que sólo se sentía la respiración de la tripulación. El tiempo parecía detenerse, pero una y otra vez cada integrante recorría con sus manos todo lo que era de su responsabilidad.

El suboficial pasó los momentos más tensos y largos de su vida, en espera de la orden de salir de su zona de apresto y tomar la posición de combate para cumplir con la sagrada misión de defender la patria, pero no fue así. Nuevamente se escuchó otra orden: *“Cortar motores, permanecer en sus puestos”*.

Todo el dispositivo estaba enlazado a través de las redes de telecomunicaciones, basadas fundamentalmente en medios telefónicos, reservándose la radio al máximo para no delatar los sitios en que se encontraban los cuarteles generales y los puestos de mando y de combate.

Los servicios logísticos trabajaban al máximo de su capacidad para mantener la operabilidad del material y atender a las tropas desplegadas en el terreno.

Las estancias magallánicas fueron ocupadas por las tropas y en las probables direcciones de aproximación se sembraron campos minados como parte de la defensiva estratégica planificada por el Ejército.

Los frentes de trabajo de los ingenieros militares incluían desde Puerto Natales hasta la Isla Grande de Tierra del Fuego. La actividad fue intensa y sin horarios, haciendo todo lo posible por preparar en la mejor forma la defensa del territorio, pues las cosas con Argentina parecían empeorar.

Los dueños de esas estancias, sin protestar, cooperaron con la alimentación de los soldados y vieron transformarse sus galpones de esquila en polvorines y en instalaciones logísticas, desde las cuales salían todas las noches las columnas de acarreo que transportaban los abastecimientos hacia el frente, donde se encontraban las posiciones más adelantadas.

Por su parte, la zona de comunicaciones del teatro había sido organizada por el gobernador de Punta Arenas de la época, coronel de Ejército Carlos Soto Pellizari, quien emitió instructivos ante un inminente ataque argentino. Previo a su fallecimiento — ocurrido cuando superaba los 90 años—, recordó que durante ese período la ciudadanía de Punta Arenas se comportó con estoicismo, digno de quienes han hecho patria en esas latitudes.

Agregó, además, que se recomendó a la población civil construir refugios antiaéreos en los patios de sus hogares, en los que se debía hacer acopio de agua envasada, velas y comida; y se designaron los subterráneos de los pocos edificios existentes, distribuyéndolos por sectores. Los hospitales fueron preparados y se asignaron ciertos colegios como lugares para recibir a los heridos. También se coordinaron las sirenas de los bomberos para alertar a la población.

En entrevista el médico veterinario de Carabineros, doctor José Ballesteros, residente en Punta Arenas, señaló que durante ese período de tensión le tocó trabajar en la parte logística, en un plan de emergencia para la ciudad en caso de que se produjera la guerra. Por el hecho de haber trabajado también en el Servicio Nacional de Salud, le correspondió estar a cargo del Servicio de Higiene Ambiental y Control de Alimentos, preocupándose de la calidad del agua que se iba a entregar, de la leche para los hospitales — y cómo se distribuiría entre los niños—, y de la organización de los supermercados y

centros de distribución de alimentos para la población con los elementos nutritivos básicos. Hubo algo de improvisación y mucho de valentía. Con el correr del tiempo, aseguró que sí estaban preparados para lo que viniera.

Además, le correspondió recibir en el aeropuerto Presidente Ibañez a muchos carabineros que llegaban a completar los medios de esa unidad de teatro, los cuales se dirigieron en forma inmediata a la frontera. En el área continental del frente, denominada “La Pelecha”, se concentró el mayor número de estos efectivos.

En diciembre del año 1978, ambos lados de la Patagonia se preparaban para lo peor.

El historiador magallánico Mateo Martinic Beros recuerda que el mutismo oficial respecto al conflicto se había mantenido con éxito durante meses —de hecho, la prensa de la época casi no registra los movimientos de tropas—, pues existía una disciplina de información de parte de los medios de comunicación nacionales.

También se refirió sobre este aspecto el ex canciller Hernán Cubillos en una entrevista que le hizo el periodista Luis Alfonso Tapia en el libro “Esta Noche: La Guerra”, manifestando dicha autoridad que la diplomacia logró manejar esta tensa situación sin tener que censurar a los medios de comunicación de todas las posturas políticas, porque todos entendieron que estaba en juego una causa nacional superior a los intereses, o posiciones partidistas.

Hay que recordar la intervención del comentarista Julio Martínez Pradanos en la Teletón de diciembre de 1978, cuando subió al escenario y, aprovechando que el evento era transmitido para todo el país, hizo uso de sus dotes de oratoria y manifestó: “...*las islas australes son chilenas y continuarán siendo chilenas...*”

Al contrario, por el lado argentino las transmisiones radiales y televisivas no eran de lo más pacíficas y se tenía una doble percepción: por un lado, cuando se escuchaba emisoras argentinas, era impresionante el grado de histeria que se podía percibir —chauvinismo, patriotismo exacerbado y manifiesta actitud bélica—, pero en Magallanes se vivía una tranquilidad absoluta, recuerda Martinic, quien destaca al general Nilo Floody como un hombre prudente y tranquilo.

El día 13 de diciembre de 1978, el general Floody se reunió con la ciudadanía de Punta Arenas para explicar la realidad de la situación que se vivía. Fue el momento culminante de la toma de conciencia por parte de la civilidad en cuanto a la inminencia del conflicto bélico y en ese momento quedó demostrado el carácter del chileno: sin histeria ni manifestaciones patrioterías, los magallánicos asumieron estoicamente lo que el destino les deparaba. Ninguno abandonó la región, continuando con sus actividades cotidianas y cooperando cada uno en la medida de sus capacidades con las autoridades militares.

Los magallánicos son gente especial. Muchos afirman que, antes que cualquier cosa, son magallánicos; que el aislamiento del centro del país los ha hecho así. Si la capital no los toma en cuenta, entonces ellos tampoco toman en cuenta a la capital. La llaman la “República Independiente de Magallanes” medio en broma y medio en serio.

Enrique González, comerciante de Punta Arenas que en 1978 tenía 46 años y el grado de teniente de reserva del Ejército, indicó: *“En mi casa recibí la citación para presentarme en el regimiento, y junto a 200 hombres de infantería con fusiles automáticos fui destinado a cubrir el frente en Punta Delgada; y que, como apoyo, tenía unas piezas de artillería que, al parecer, eran de otro regimiento del norte, parece que de la ciudad de Concepción”*. González recuerda que fue bien instruido sobre el uso del fusil, que ante cualquier ataque enemigo no se disparaba en ráfagas con el objeto de ahorrar munición.

Respecto al rancho, era pobre y a veces llegaba frío, porque eran los últimos en recibir la alimentación por estar en primera línea; pero el desayuno era bastante bueno: café con leche caliente y un pan que pesaba un kilo para todo el día, lo que era bien aceptado.

Evidenció que la gente que se encontraba en las posiciones llevaba meses apostada allí y que lo único que deseaban era que se produjera la guerra.

“Nosotros éramos jóvenes impetuosos y aventureros que estábamos ahí dispuestos ir a la guerra cumpliendo el deber de la patria”.

Carlos Amin Merino, empresario de Punta Arenas, a quien le correspondió desempeñarse como reservista en el frente de combate, describe: *“más de mil hombres*

de todas las profesiones y edades, con diferentes tipos de dificultades y dramas personales, pero dispuestos a dar la vida por la patria. Nos motivamos mutuamente”.

En el frente del sector de Ciaike, a 5 kilómetros del hito 53, se encontraba Germán Flores, quien el 5 de abril de 1978 salió de Temuco donde cumplía con su servicio militar. El soldado conscripto Flores vivió junto a su unidad varios meses en una trinchera cumpliendo la misión de puesto avanzado de combate. Cuenta que tenía a la vista a los argentinos en plena pampa, cuya única vegetación era el coirón.

También recuerda que cuando se terminaban los cigarrillos, molían el pasto patagónico para hacer otros de circunstancia y que era muy agradable fumar en la trinchera jugando al truco. Dice que se levantaba temprano, pues a las siete tenía que estar listo, pero que el café con el pan llegaban como a las nueve de la mañana. Tuvo la suerte de que a ese sector del frente llegaban raciones de combate enlatadas norteamericanas, por lo cual se acordaba de las películas y revistas acerca de la guerra de Vietnam.

“Uno de los momentos más emocionantes que me correspondió vivir en el frente de combate fue la realización de la Pascua del Soldado, ya que desde Punta Arenas nos trajeron jugos, cigarrillos, dulces, pan de pascua y otros elementos; la situación en la frontera ya estaba más tranquila”.

Mientras tanto, los vuelos nocturnos de aviones comerciales continuaban llegando a la zona austral con tropas y bastimentos provenientes de la zona central del país, los que eran trasladados —en camiones aportados por los civiles— directamente desde el aeropuerto a sus zonas de empleo en la parte continental.

En uno de estos vuelos llegó a Punta Arenas en diciembre de 1978 el subteniente José Alejandro Vergara Albarracín, recién graduado de la Escuela Militar. Cuenta el oficial del arma de infantería que fue destinado al Regimiento “Andalién” de Cauquenes, que sólo pasó dos días por esa ciudad para retirar la bolsa ropera con su equipo de combate.

“Viajé en Ladeco al sur y el trayecto fue normal, pero al aproximarse a su destino, el avión hizo un tenebroso giro por sobre el Estrecho de Magallanes, aterrizando por fin en Chabunco. Hasta ahí, Punta Arenas parecía una postal. La presentación real es al abrirse la puerta del avión: un aire frío y seco se apodera inmediatamente de la cabina, luego caminando hacia la sala de espera el gélido viento patagónico, sello sempiterno

de estas tierras, completaban y aún completan el saludo. Pero no hay opción, hay que aprender a convivir con él, su gélido abrazo es para siempre”.

El subteniente Vergara, al momento de presentarse en su unidad en plena pampa, lo primero que le llamó la atención fue observar en medio de la penumbra de la noche, y en el interior de un galpón de esquila, una figura humana de aproximadamente 1,85 metros con manta de castilla que correspondió ser su superior directo, autoridad que lo designó comandante de un puesto avanzado de combate en el sector de Bombalot – entre Villa Tehuelches y Morro Chico, a 140 kilómetros al norte de Punta Arenas—. Este oficial recibió el apoyo de los estancieros de la zona porque, para “mejorar el rancho”, carneaban corderos, cuyos cueros eran dejados –como es la costumbre patagónica-- en la alambrada de la estancia.

Este oficial regresó en 1995 a Punta Arenas con el grado de mayor, para cumplir servicios en el Regimiento “Pudeto”.

También, desde la ciudad de Cauquenes llegó a la zona el entonces cabo 1° Luis Pardo Millán. Señaló al autor que en esa fecha se encontraba casado, con un solo hijo de un año de edad.

En su condición de conductor de vehículos motorizados, le dispusieron partir al sur con otros ocho clases para trasladar camiones a Punta Arenas. Se embarcó en Talcahuano en el vapor “Lago Lanalhue”, pero en vez de tomar rumbo al sur, el barco navegó hacia Valparaíso para embarcar otros vehículos que habían sido reparados para ser llevados a la zona del conflicto. *“Me dieron la orden de partir al sur, pero previo a salir de Cauquenes tenía que avisar a mi señora, quien se encontraba con nuestro hijo Esteban en control médico, así que decidí dejarle una nota pegada en el refrigerador que decía ‘no se para dónde voy, ni sé si regreso’”.*

Una vez en Punta Arenas, lo asignaron a un sector cerca de Morro Chico, siempre como conductor de camión. En marzo de 1979 y una vez bajada la tensión con los argentinos, habló con sus superiores para solicitar la destinación al Regimiento de Infantería N° 11 “Caupolicán” en Tierra del Fuego, unidad en la cual permaneció hasta el final de su carrera, obteniendo el grado de suboficial mayor.

En el frente de Natales, distante a 250 kilómetros al norte de Punta Arenas, la condición era difícil desde el punto de vista táctico, ya que la escasa profundidad de la

posición defensiva – de 15 kilómetros entre el límite con Argentina y el mar— obligaba a su comandante a emplear el máximo de iniciativa.

Respecto a este tema, el entonces coronel Jaime González Vergara, comandante del Regimiento de Caballería N° 5 “Lanceros”, cuenta que se trasladó con sus oficiales y suboficiales a reconocer el terreno. Como no había mucho donde elegir, pues por la proximidad de la frontera no había espacio para la maniobra, optó por una defensa en posición.

Agrega González que dicha ubicación no tenía trabajos de tierra que pudieran proteger a los defensores, por lo que hubo que contratar en Puerto Natales una retroexcavadora a fin de mejorar una posiciones y fortificar otras, porque de ese modo se podían ajustar a la geografía existente.

Se recibió el apoyo del alcalde de Puerto Natales, Félix Dillems Hill, autoridad que facilitó una buena cantidad de herramientas portátiles que ayudaron a mejorar las posiciones defensivas. Respecto al material de guerra, se les reforzó con una batería de artillería N.A. de 105 mm, además de otros pertrechos de guerra que –en la medida que pasaban los días— la división iba enviando desde Punta Arenas; pero, igualmente, las fuerzas argentinas en el frente –que incluían las guarniciones de Río Turbio y Rospenteck— eran superiores. A pesar de ello, incentivó a su tropa: *“Les manifesté que por ningún motivo alguien se rendiría y que en caso de ser penetrada la posición, deberían replegarse y dispersarse para iniciar una guerra de guerrillas, ya que habíamos enterrado en lugares preestablecidos munición y raciones alimenticias, pero que la pelea la íbamos a seguir dando hasta el último hombre”*.

Llamó profundamente la atención al coronel González que la gente bajo su mando gozaba con eso y se frotaba las manos de puro gusto. En ese sentido, cuando llegó una orden para movilizar ciudadanos de la zona entre los 20 y los 45 años, partieron en los pocos buses que tenían, pero como se supo en el pueblo que el regimiento necesitaba reemplazos, *“encontré notable el hecho de ver llegar a los patios del cuartel, civiles voluntarios que venían a presentarse para defender a la patria”*.

Formando parte de un grupo de nueve oficiales recientemente egresados de la Escuela Militar, llegó a Puerto Natales el subteniente Juan Luis Martín Quintana, quien recordando ese período señala: *“Junto al resto de mis compañeros, me presenté en el*

regimiento el 21 de diciembre de 1978, me entregaron un poco de vestuario, armamento e inmediatamente me trasladaron al frente de combate, ubicado en la localidad de Casas Viejas, distante 14 kilómetros de la ciudad. Llegué de noche sin conocer previamente la zona y un oficial más antiguo me dispuso que me recibiría de un escuadrón de reservistas y que lo hiciera mañana, porque toda la tropa estaba en sus trincheras. Por un momento pensé que ‘era picada de alferez’, pero no fue así”.

Logré descansar en mi posición defensiva algunas horas y al día siguiente visité los lugares de mi unidad y pude comprobar que los reservistas, la gran mayoría voluntarios, estaban ‘en pie de guerra’, listos para defender el territorio y, por otra parte, observaba a no menos de 600 metros a las tropas argentinas listas para una probable ofensiva en ese frente.

Agrega Martín: “El armamento era muy precario, entre este material se contaba con tres F.A. Reihmetall, fusiles SIG, FAL, algunas granadas de mano POI y en los días posteriores, un oficial de una unidad de ingenieros ‘repartió’ minas antipersonales para ser sembradas al frente de cada posición defensiva. Esto fue una medida de urgencia, llámese improvisación, o no sé qué, pero la situación así lo ameritaba. Lo complicado fue que en el mes de abril se inició el proceso de desmovilización, a esa fecha nadie conocía el lugar exacto donde había sembrado las minas AP”.

Finalmente, el actual coronel en retiro Martín – quien recuerda con lujo de detalles ese período— dijo que lo vivido le sirvió como experiencia profesional durante su extensa trayectoria como oficial de Ejército.

Por otra parte, entre los oficiales jefes que tenía el coronel González en ese período se encontraba el mayor Raúl Carvajal Davison, a quien su hija María Jesús Carvajal Astaburuaga escribió una carta que fue publicada por la prensa del año 2008, señalando lo siguiente: “... en 1978 yo tenía sólo dos años, pero recuerdo que mi padre fue uno de los militares que tuvo que partir al sur a defender nuestra patria en el conflicto del Beagle. Con mi madre y hermana nos fuimos a la casa de mi abuela en otra ciudad, con la incertidumbre de no saber qué iba a pasar. Fuimos matriculadas en otro colegio y vivimos en otra casa. Ya ahora más grande puedo ver la magnitud de los hechos, la superación por parte de dos naciones de un conflicto que pudo tener consecuencias fatales y el valor de los militares de ir a defender su patria. Me siento orgullosa de mi padre, de su valentía, de su amor por la patria y de su orgullo de ser militar.

Hoy doy mil gracias a las Fuerzas Armadas, a la Mediación Papal, a los diplomáticos y a la naturaleza sabia del sur que supo hacer su papel”.

EN EL ARCHIPIÉLAGO DE TIERRA DEL FUEGO

El escenario de la Tierra del Fuego – tanto la isla grande y sus archipiélagos occidental y austral— es relevante en este trabajo para conocer las condiciones que vivieron ciertos actores y unidades, como también los buques de la Escuadra que estaban desplegados en esas aguas.

Si se observa con algún detenimiento un mapa del extremo meridional de América –a una escala no inferior a 1: 500.000— y se aprecia la magnitud y diversidad del archipiélago fueguino, pueden verse tres componentes territoriales bien definidos: la Isla Grande, o Tierra del Fuego propiamente tal, con su curioso perfil occidental que parece una esfinge egipcia, y su aditamento natural que es la isla Dawson; su archipiélago austral que transcurre del océano Atlántico al océano Pacífico, hasta su confluencia al sur del cabo de Hornos; y, finalmente, el conjunto insular que, a modo de espolón geográfico, corre con dirección sureste-noroeste, definido por el estrecho de Magallanes y por el océano Pacífico sur, y que se separa de la isla grande fueguina – más exactamente de su porción occidental, la península Brecknock— por los canales Magdalena y Cockburn.

En esta zona, el Regimiento “Caupolicán” se desplegó cubriendo la zona de Tres Arroyos, Río Chico y Río Grande, desde el camino internacional hacia el sur. El sector norte fue ocupado por parte de las fuerzas del Regimiento “Chacabuco”, proveniente de Concepción. El resto de la tropa arribó vía marítima en octubre junto al Regimiento de Artillería “Silva Renard”, excepto una batería que se mantuvo en el frente continental.

La responsabilidad de mando en esta inhóspita geografía la tenía el coronel Oscar Vargas Guzmán, quien, a diferencia de otros comandantes, tenía previsto inicialmente una defensiva; pero ante condiciones favorables, se procedería a un ataque para conquistar el resto de la isla, especialmente la ciudad de Río Grande, por considerarla apropiada desde el punto de vista psicológico. Vargas dice que el hecho de estar en una isla lo hacía caer dentro de la estrategia naval, por lo que era fundamental la actuación de la Escuadra chilena, ya que si era derrotada, y perdía el control de las comunicaciones marítimas, la isla caía inevitablemente.

Las tropas de refuerzo continuaron llegando, sumándose a ellas el Regimiento “Maipo” y el legendario Regimiento “Buin”. Las fuerzas del Regimiento “Caupolicán” fueron a su vez completadas con la movilización de 300 carabineros provenientes de la Escuela de Suboficiales de esa institución.

Uno de estos carabineros era el entonces teniente Francisco Ilabaca², quien se desempeñaba como oficial instructor de ese instituto, disponiéndole su Director que el día 13 de diciembre debía embarcarse al sur, junto a su sección. Ilabaca se fue en el primer avión que hubo disponible.

Una vez arribado en Punta Arenas, fue trasladado al día siguiente en barcaza a Porvenir, a través del Estrecho de Magallanes. De inmediato continuó viaje a la Sección Río Grande, donde su jefe superior era el coronel Vargas, comandante de las fuerzas militares en Tierra del Fuego.

El teniente Ilabaca señala lo siguiente: *“Además de mis 30 carabineros, me fueron asignados 30 soldados conscriptos, procedimos a preparar trincheras en un sector de veinticinco kilómetros de extensión. Nuestro equipo era el de campaña habitual, consistente en sacos de dormir y raciones de combate para pocos días. Pronto, éstas se agotaron y hubo necesidad de acudir al ingenio que el estado de necesidad produce.*

El apoyo de los lugareños fue absoluto y logramos alimentarnos con corderos, con la única condición de dejar los cueros en las cercas. Diversificamos la dieta con caiqueños o gansos salvajes, truchas que fueron pescadas con anzuelos hechizos, manteca de cordero con sal de costa, y postre de ruibarbo y otras frutas silvestres”

Añade: *“Las condiciones fueron muy severas. Llegamos a la zona de nuestro despliegue en camiones de transporte de ganado en medio de lluvia y nieve. El sector era realmente una planicie y fue necesario excavar trincheras de dos metros de profundidad, por lo menos.”*

Ilabaca agrega: *“Era urgente mantener en alto la moral del personal y por eso construyeron puestos de observación lo más confortables posibles con alfombras de*

² Conocido en el año 1975 por el autor, cuando Ilabaca prestaba servicios en la Prefectura de Carabineros de Valparaíso.

cuero de ovejas, con chimeneas dispuestas de tal manera que el humo se difumara y no se levantara en columnas.”

A reglón seguido, este oficial de Carabineros señaló que estaba prohibido hacer fuego, usar encendedores o cualquier elemento de esa naturaleza. *“Instalé en mi trinchera una ducha caliente con cañerías encontradas en diversos galpones abandonados, que permitieron llevar el agua hasta un tambor y de éste descender a un lugar apropiado”.*

En dicho escenario tan aislado, la falta de material de transporte obligó a los civiles poner algunos camiones al servicio del Ejército. Para ello, mucho tiene que decir el ex alcalde de la Ilustre Municipalidad de Porvenir, Fernando Callahan Giddings, autoridad que en ese período colaboró con el esfuerzo bélico del país en aquella pequeña localidad fueguina, aislada del resto del territorio nacional.

Callahan se recibió como técnico agrícola en el mes de octubre de 1978 y alcanzó a trabajar algunos meses como faenero en el entonces Frigorífico Catef – hoy Patagonia— inspeccionando canales de ovino para luego pasar a ser secretario de la administración. Una vez que terminó el trabajo en el frigorífico, hizo un reemplazo como secretario en el Sindicato de Dueños de Camiones de Porvenir (SIDUCAP), llevando la contabilidad a los asociados y asignando los camiones que requería el frigorífico, tanto para trasladar productos cárneos a Punta Arenas, como para abastecer de ovinos a la planta. Agrega Callahan que en esa función, el comandante del Regimiento Caupolicán se contactaba con él para instruirlo a diario respecto al otorgamiento de camiones para la unidad militar, con el objeto de trasladar efectivos del Ejército y Carabineros que llegaban a reforzar el territorio isleño.

Recuerda que se había coordinado con el jefe militar poner a disposición sólo el vehículo, ya que el conductor y el combustible eran puestos por el Ejército. En una ocasión, un transportista de apellido Cuevas, muy molesto, manifestó: *“Está bien, antes que me requisen el camión lo voy a facilitar, pero yo manejo”.* El caso es que efectivamente manejó, pero sólo hasta que llegó al regimiento, porque ahí lo vistieron de militar y, al igual que el resto de la tropa, fue transportado en la camada de su mismo camión al frente de combate.

Como anécdota, Callahan cuenta: “*Muy enamorado de mi actual señora solicité hora con bastante antelación al Registro Civil de Porvenir, para contraer matrimonio el 28 de diciembre de 1978. Debido a la tensión con Argentina en ese período, el oficial civil no se atrevía a otorgarme fecha para concretar la celebración ‘por lo que pudiese ocurrir’, porque resultaba casi irracional que alguien estuviese pensando en casarse, ya que por esos días se practicaban ejercicios de alistamiento para la población civil, como cortes de luces domiciliarias y alumbrado público, abastecimiento de velas, de agua mineral, de harina, chocolates*”.

Finalmente se casó en esa fecha y con Odette cumplieron cuarenta años de feliz matrimonio.

En el extremo sur de nuestro territorio, y ya en pleno mes de diciembre de 1978, la componente terrestre del Comando Conjunto Austral tenía desplegados en sus puestos de combate aproximadamente diez mil hombres. La gran mayoría de ellos permanecieron más de tres meses en las trincheras, relevándose ocasionalmente sólo a los de la primera línea, quienes eran reemplazados por personal de otras unidades que se encontraban en la profundidad del dispositivo.

La Componente Aérea mantenía a sus pilotos de combate a bordo de sus aviones, listos para despegar día y noche.

Respecto de la Marina, el exitoso ocultamiento del crucero Dresden³ en el laberinto del sur de las islas Clarence y Santa Inés, permitió a nuestra Armada utilizar similar estrategia, ocupando ese escenario marítimo como fondeadero de guerra y aprovechando la posición geográfica marginal en el contexto regional magallánico, por las condiciones severísimas, extremas y cambiantes de su clima local, su elevada carga de humedad y sus bajas temperaturas. Estas últimas características son la causa habitual de la casi permanente cobertura nubosa que dificulta la observación y el registro fotográfico satelital.

Así entonces, estos “fondeaderos de guerra”⁴ – como también se los denominó— fueron usados por la marina nacional como estacionamientos estratégicos muy bien

³ Crucero ligero alemán que, después de un combate adverso con la flota inglesa en las Islas Falkland, puso rumbo al archipiélago fueguino, logrando ocultarse eficazmente de sus perseguidores en febrero de 1915.

⁴ Sectores del litoral del archipiélago fueguino, donde buques de la Armada nacional se aprestaban para el combate.

ubicados en la perspectiva de una gran batalla naval que podía desarrollarse en los mares del cabo de Hornos, o en sus inmediaciones. Para esos hombres de mar, aquella expectación del curso de los acontecimientos en los meses finales de 1978 fue una verdadera “vela de armas”, en tanto se aguardaban la orden de zarpe para enfrentar al eventual agresor.

En verdad, el laberinto austral de la isla Santa Inés se prestaba admirablemente tanto para la ocultación de una fuerza naval, como para aguardar con seguridad el curso de los acontecimientos en la que la misma puede verse involucrada.

Como ya se dijo, lo intrincado y riesgoso de sus características hidrográficas y litorales, la permanente cobertura nubosa y las condiciones severas del clima que virtualmente imposibilitan la observación aérea y también el registro satelital, hacen de esos parajes escondrijos inmejorables. Su ubicación inmediata al vasto espacio oceánico les otorga un valor excepcional como “posición estratégica de apoyo”.

Entre los buques que componían esta unidad de la Armada se encontraba el destructor “Riveros” y, a bordo de éste, el teniente primero Rodolfo Codina, quien llegó a ser Comandante en Jefe de la Armada. Esta autoridad, haciendo recuerdos de hace cuarenta años, manifestó: “*Estaba convencido de que si se llegaba a la guerra en el mar, esa guerra Chile la ganaría*”.

Dice que en una tarde a comienzos de octubre de 1978, mientras practicaba vóleibol con los cadetes en su condición de oficial instructor en la Escuela Naval, lo llamó por teléfono su superior directo – y subdirector de ese instituto—, comunicándole que se presentara de inmediato para que se alistara a zarpar en la Escuadra esa misma noche rumbo al sur. A esa fecha, Codina ya había cumplido siete años de embarco en varios buques de la Escuadra. Por su especialidad de artillero, lo asignaron al destructor “Riveros”, saliendo esa misma noche hacia Talcahuano.

Agrega el almirante Codina que varias señales le indicaron que la situación se iba poniendo cada vez más seria. La Escuadra incrementó su entrenamiento. De a poco se fue aumentando la cantidad de gente que participaba en los procesos netamente operativos. Por ejemplo, hubo un momento que se cerró la Academia de Guerra Naval y los alumnos pasaron a ocupar puestos a bordo de las unidades.

Advirtió inmediatamente también que al embarcar en dicho destructor, el buque había sido reforzado con más oficiales especialistas en artillería, e incluso se embarcó un médico, cosa completamente inhabitual en este tipo de nave. Era un médico civil contratado por el Hospital Naval, al que se le puso un uniforme de teniente primero y se le cortó el pelo.

Ya en plena navegación salieron a disparar a mar abierto, pues estaban muy bien entrenados. Agrega que existía una gran diferencia en esos días con la Flota de Mar argentina, la que favorecía a la Escuadra chilena, ya que por la conformación geográfica se tenía una serie de puertos donde atracar —aunque fueran fondeaderos circunstanciales— y de ahí se salía a navegar y a entrenar para enfrentar un eventual combate. Se atracaban los buques y se camuflaban con redes y ramas de árboles, para no ser avistados. Los argentinos, en cambio, tenían que estar siempre en alta mar con un elevado consumo de combustible y mucho agotamiento físico. Agrega que es realmente desgastador navegar quince días en una zona donde el mar es muy agitado y el tiempo pésimo.

Combinaban el entrenamiento con actividades recreativas, especialmente cuando se dirigían a Chiloé, pues en la localidad de Curaco de Vélez nació el almirante Galvarino Riveros y que la tradición de recalar en ese lugar no se alteró en esa oportunidad, y la gente del pueblo atendió a la tripulación con un gran curanto. Con todas estas actividades, la moral se mantuvo siempre alta.

“El descanso de la gente se concretaba normalmente en la Isla Dawson para compartir con los infantes de Marina, quienes hacían demostraciones de su entrenamiento, constatando de esa forma que se trataba de guerreros de excepción.”

La carga histórica y la confianza ciega en la institución son más relevantes que cualquier otro elemento —señala el almirante Codina— para explicar la sólida presencia de ánimo de cada uno de sus camaradas de armas en esas horas difíciles. Dice que estaban dispuestos a entregar la vida en combate. Esa carga histórica puede estar inspirada para las generaciones actuales en los héroes de Iquique; pero también Prat había tenido esa misma ineludible responsabilidad, fundada en héroes anteriores. Si Prat dijo en su arenga: “nunca se ha arriado la bandera ante el enemigo”, evidentemente no se refería a de ahí en adelante, sino a que nunca se había arriado previamente. Finaliza Codina, que eso lo tenían muy claro.

Cuando la orden de zarpar llegó, todos se enteraron de ello por las palabras del almirante Raúl López Silva –a esa fecha al mando de la Escuadra y con su puesto de combate en el Crucero Prat, buque insignia de la Armada—, quien recibió el 19 de diciembre un mensaje del almirante José Toribio Merino que indicaba que se debía atacar y destruir cualquier buque enemigo que se encontrara en aguas territoriales chilenas. A partir de ese momento, López zarpó hacia el mar de Drake.

Por otra parte, la Infantería de Marina se encontraba atrincherada en las islas australes, lista para rechazar cualquier intento de desembarco. *“Resistir hasta el último hombre; no hasta el último tiro, porque si se acababan las municiones tenían que ocupar las bayonetas.”*

En las islas Picton, Nueva y Lennox, los infantes de marina tuvieron que enfrentar estoicamente los rigores del clima y la soledad. En ese estado de permanente alerta, debieron tener especial cuidado de no provocar a los argentinos. El material de guerra de que disponían se limitaba a armamento menor, como morteros, algunos cañones, ametralladoras y explosivos plásticos. Aún con buen tiempo, la temperatura no superaba los 4 grados. Muchas veces debían soportar la embestida de los frecuentes temporales que azotan la zona del Beagle.

De esa manera, las tropas ubicadas en sus mismas trincheras se prepararon para celebrar la Navidad. Finalmente la guerra no llegó, pues la Mediación Papal fue aceptada por ambas naciones, iniciándose las conversaciones para concretar el Tratado de Paz y Amistad de 1984.

PALABRAS FINALES

Es preciso recordar que la solución al conflicto del Beagle de su Santidad Juan Pablo II no era muy atractiva para los nuevos integrantes de la Junta Militar argentina. Es por ello que en un informe del almirante Jorge Isaac Anaya, éste señalaba: *“Cuando asumí el Comando en Jefe de la Armada, las relaciones con Chile, en el aspecto político, se continuaba tratando de modificar la propuesta papal sobre el Canal de Beagle, para tratar de llevarla al cumplimiento del principio bioceánico y poder así de finalizar el conflicto.*

Era necesario acelerar las negociaciones para poner en vigencia una política de mayor integración económica. En cuanto al aspecto militar, se contaba con un plan para afrontar cualquier contingencia”.

Por tanto, la tensión fronteriza continuó hasta la derrota de las fuerzas argentinas por parte del Reino Unido en el conflicto del Atlántico Sur, en el año 1982.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DE CONSULTA

Tesis “La reacción militar de Chile en la crisis de 1978 con Argentina: Comportamiento del potencial humano a la luz de sus vivencias”, Academia de Guerra del Ejército, año 2009.

Además de las entrevistas a los participantes, fueron consultadas las fuentes que se indican:

LIBROS

- ARANCIBIA Patricia y de la MAZA Isabel, “Matthei: mi testimonio”, La Tercera Mondadori, Santiago, agosto 2003.
- ARANCIBIA, Patricia y BULNES, Francisco “La Escuadra en Acción 1978: el conflicto Chile – Argentina visto a través de sus protagonistas”, Grijalbo, Santiago, año 2004.
- BALZA Martín A. “Dejo constancia: memorias de un general argentino, Planeta, Buenos Aires, 2001.
- CAÑAS M. Ramón, “Geopolítica Oceánica y Austral”, Colección Academia de Guerra del Ejército, Instituto Geográfico Militar, Santiago, Septiembre 2008.
- CERVO Francisco, “Experiencias de un Conflicto”, ACAGUE. 1989.
- De VARIGNY Carlos “La Guerra del Pacífico”, 1882. Editada en castellano por Alejandro Walker Valdés cuarenta años después de escrita.
- ESPINOZA M. Oscar – IZQUIERDO A. Guillermo, “Nuestra verdad sobre el Cono Sur”. Conferencia dictada en el Edificio Diego Portales, el 6 de mayo de 1982.
- EYZAGUIRRE Jaime, “Breve Historia de las Fronteras de Chile. Editorial Universitaria.
- GALLARDO P., Aquiles, “Crisis internacionales en Sudamérica: teoría y análisis”, ANEPE, 2003.
- GOÑI G. Carlos, “Crónica del Conflicto Chileno-Argentino”. Ediar Editores Ltda., Santiago de Chile, diciembre de 1984.

- Historia del Estado Mayor General del Ejército, 1947.
- LAGOS C., Guillermo, “Historia de las Fronteras de Chile. Los Tratados de límites con Argentina”. Editorial Andrés Bello, segunda edición, 1980.
- LANÚS Juan, “De Chapultepec al Beagle: Política Exterior Argentina 1945-1980”, Emecé Editores, Buenos Aires, 1984.
- LESHAN Lawrence, “La Psicología de la Guerra. Un estudio de su mística y su locura”, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, año 1995.
- Libro de la Defensa Nacional de Chile, año 2002.
- MARÍN M., Alberto, “El caso del canal de Beagle. Biografía de esas y otras controversias”, EMGE, 1988.
- MARTINIC B., Mateo, “Breve Historia de Magallanes”. Ediciones de la Universidad de Magallanes, año 2002.
- MARTINIC B., Mateo, “Presencia de Chile en la Patagonia Austral 1843-1879”, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, año 1971.
- MARTINIC B., Mateo, “Última Esperanza en el tiempo”. Ediciones de la Universidad de Magallanes, año 1985.
- MARTINIC B., Mateo, “El occidente fueguino todavía una incógnita”. La Prensa Austral, Punta Arenas, 2011.
- MINOLA José, “Seineldín, Soldado de la Patria Grande: La otra cara de Malvinas”, Editorial El Centinela, primera edición, Tandil, 2008.
- MOSQUERA, Carlos Julio, “La Conciencia Territorial Argentina”. Círculo Militar Argentino, Buenos Aires, año 1994.
- OYARZÚN María Eugenia, “Pinochet: diálogos con su historia, conversaciones inéditas”. Editorial Sudamericana, Santiago, 1999.
- PERI F., René. “La Policía Chilena en Situaciones de Emergencia: desde la Independencia hasta las tensiones internacionales de 1978.”
- RAGGIO D., Cristián, “La Singularidad Chilena”. Mago Editores, Santiago, 2008.
- SOTO G., Ángel, “El Presente es Historia”, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2006.
- TAPIA J., Luis, “Esta Noche: la Guerra”. Ediciones de la Universidad Marítima de Chile, Viña del Mar, 1997.

- VIDELA C., Ernesto, “La desconocida Historia de la Mediación Papal”, Editorial Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2008.
- YOFRE B., Juan, “1982. Los documentos secretos de la Guerra de Malvinas/Falkland y el derrumbe del proceso”. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2011.
- ZAURITZ S., Waldo, “Historia Militar de Magallanes”. La Prensa Austral, Punta Arenas, 2003.
- ZIMMERMANN Z., Augusto, “El Plan Inca: Objetivo Revolución Peruana”.

REVISTAS Y ARTÍCULOS

- MADRID M., Rubén, “La estrategia nacional y militar que planificó Argentina en el marco de una estrategia total para enfrentar el conflicto con Chile el año 1978”, *Memorial del Ejército de Chile*, N° 471, año 2003.
- SEGURA, Héctor, “Patriotismo y Soberanía”, *Revista Armas y Servicios*, N° 49, Ejército de Chile, 1991.
- *Revista Capital*, 22 de septiembre de 2008; “Recuerdos de 30 años” escrito por Mariano Sepúlveda M.; “Decisión Crucial” escrito por Ernesto Videla; “En 1978 Chile ganó la Paz” escrito por Juan Emilio Cheyre.
- *Revista de la Armada Argentina*, 50° Aniversario del Batallón de Infantería de Marina, N° 5, año 1997.
- *Anuario 2008*, Regimiento Tradicional “Infantes de la Patria”.

DIARIOS Y SUPLEMENTOS

- *El Mercurio*, “A 30 años de la crisis limítrofe con Argentina. La guerra no contada desde la primera línea de fuego”, 30 de noviembre de 2008, por Mauricio Carvallo.
- *La Tercera Reportajes*, “La solitaria vida en Picton, Nueva y Lennox”, domingo 19 de octubre de 2008.
- *El Mercurio. Revista del Domingo*, 6 de diciembre de 1998, “Patagonia: a 20 años de la casi guerra”
- Suplemento Diario *La Segunda*, “1978-2008: a 30 años del Conflicto del Beagle”, cinco capítulos, noviembre y diciembre de 2008, por Gonzalo Vial Correa y Pilar Vergara Tagle.

- *La Segunda*, sábado 22 de septiembre de 2012, “El General Odlanier Mena adelanta sus memorias”.

DOCUMENTOS

- Conflictos Vecinales de Chile en la segunda mitad del siglo XX.
- Apuntes obtenidos en el Centro de Investigación y Documentación de Historia Contemporánea de Chile (CIDOC), Universidad Finis Terrae.
- Oficios clasificados obtenidos del catastro de documentación del EMGE.

PROGRAMAS DE TV.

- Cita con la Historia de Patricia Arancibia Clavel, en ARTV.
- Operativo “Soberanía” en History Channel.